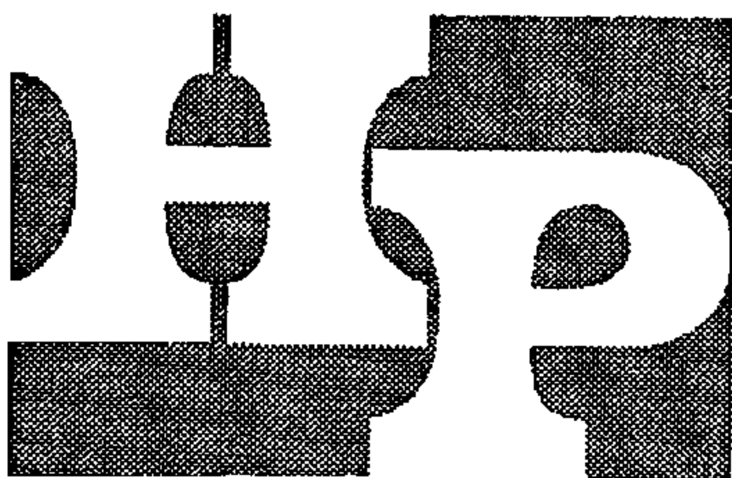
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

# Silver Kane

# TRES JINETES DEL NORTE





# Héroes de la PRADERA



# Silver Kane

# TRES JINETES DEL NORTE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 35
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 24381-1970

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: setiembre, 1970



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

# CAPÍTULO PRIMERO

El *sheriff* de Denver señaló a los dos ahorcados.

—Que los descuelguen.

Se atusó los solemnes bigotes y volvió la espalda. No le gustaba, a pesar de su cargo, ver gente colgando de una cuerda. Oyó a su espalda la voz de uno de sus ayudantes:

—Ya era tiempo, ¿no?

Otro de ellos suspiró:

—Llevaban ahí veinticuatro horas sirviendo de adorno…

—No sé cómo se están poniendo las cosas en esta ciudad…

El *sheriff* se volvió de pronto y rugió:

—¡Pues esto no es nada!

Sus dos ayudantes quedaron más callados que los hombres a los que iban a descolgar. En silencio, cortaron las cuerdas y los pusieron tendidos sobre el suelo del patíbulo, levantado en el centro del pequeño patio de la cárcel de Denver. Luego esperaron a que llegasen unas parihuelas en las cuales habían de trasladarlos.

Uno de los ayudantes se rascó pensativamente detrás de la oreja.

—Oye, tú, ¿y los ataúdes?

—¿Los ataúdes? No los han traído aún. También es descuido, ¿no? Uno no puede ni morirse.

—Entonces, ¿dónde los llevamos?

—Al despacho del juez. A ver si así se le ocurre hacer algo.

El juez de Denver ocupaba provisionalmente un despacho en la parte trasera de la prisión. Precisamente el *sheriff* entraba allí en aquellos momentos.

—Malos días, juez.

—Malos, *sheriff*. ¿Ya ha ordenado que descolgaran a aquellos dos tipos?

—Sí. Los he tenido de adorno veinticuatro horas para que la gente se entere y escarmiente, pero no sé si va a dar resultado.

—Pues es lo único que se me ocurre —gruñó el juez—. Que la gente se de cuenta de que aquí aplicamos la Ley con mano dura.

—Sin embargo, dicen que somos crueles. Que no hay necesidad de hacer de las ejecuciones un espectáculo.

—Ja, ja —el juez rió de una forma chirriante y metálica, como una máquina oxidada—. Pues esto es sólo el principio.

—Es lo que he dicho yo. Mis ayudantes son unos flojos. Y les he advertido que lo ocurrido hasta ahora no es nada, lo que se dice nada.

El juez tomó unas cuantas cosas que tenía sobre su mesa y empezó a meterlas apresuradamente en un maletín de piel negra, dejándolas tal como iban cayendo. Luego cerró de un seco golpe.

El *sheriff*, con una torva mueca de asombro, le miraba hacer.

—¿Es que se larga, juez?

—Me largan, que no es lo mismo.

—¿Cómo?

—El gobernador dice que yo soy una hermanita de la caridad.

—¿Qué?

—Que no hago ahorcar a nadie.

—¡Atiza!

—Y que aquí hace falta mano dura.

—¡Atiza dos veces!

—Por tanto, ha nombrado a otro juez.

—¡Tres veces!

—Dicho juez tendrá un nombramiento especial y también poderes especiales.

—¡Cuatro veces!

El juez miró de reojo.

—Mire, deje de contar, *sheriff*, o me va a coger la gripe.

—A mí me ha cogido ya. ¿De modo que le echan?

—Hombre, tanto como echarme no. Me invitan delicadamente a que me largue, advirtiéndome que si puedo largarme hoy, no lo deje para mañana.

—¡Qué finos!

—¿Sabe a quién nombran en mi lugar?

—No.

—A Bunsen.

—¡No!

—¡Sí!

El *sheriff*, abrumado, fue a sentarse en una silla que estaba a su espalda, pero no se dio cuenta de que alguien acababa de retirarla al entrar con una camilla y un muerto encima. Por poco, el *sheriff* se sienta sobre el difunto. Lanzó un grito y una maldición, y luego pegó un brinco.

—¿Pero qué es esto?

—Las pruebas del delito, *sheriff*.

—¡Maldita sea, sacadlos de aquí!

—¿Y dónde están los ataúdes?

—¡Ya los hemos encargado! ¡Los traerán dentro de un par de horas! ¡Mientras tanto, podríais llevar esos muertos al almacén y dejarlos allí, imbéciles!

—Como usted quiera, *sheriff*. Al almacén. ¿Los envolvemos o no?

—¡Fuera!

—Sí, *sheriff*.

Los muertos fueron sacados precipitadamente, mientras el juez emitía un suspiro de desaliento.

—Ya ve.

—En esta ciudad no hay nada que tenga remedio. ¡La gente es imbécil! ¿Pero a quién ha dicho que iban a nombrar para sustituirle, juez? ¿A Bunsen?

—Justo.

—¡Si ese tío es una mula!

—Una mula rabiosa.

—¡En Oklahoma hizo ahorcar en un solo día a doce hombres!

—¿Y lo que hizo en Kansas City?

—¡He oído decir que en Kansas City quemó un saloon porque en el interior se hacían trampas!

—¿Y en San Antonio?

—¡En San Antonio hizo volar con sacos de pólvora el edificio de un rancho donde se había refugiado un asesino!

Los dos hombres alzaron a un tiempo los brazos, como si clamaran al cielo por aquella designación que iba a sumir a la ciudad de Denver poco menos que en un baño de sangre.

Al fin, el *sheriff* suspiró:

—Bueno, supongo que no se puede hacer nada.

—Nada absolutamente.

—¿Ni protestar ante el gobernador?

—Es el gobernador quien ha hecho la designación. Dice que esto es un avispero de criminales y que hace falta mano dura.

—¡Pero no tanto!

—En fin, yo me largo. Al menos estaré lejos cuando en esta ciudad empiecen las ejecuciones por un quítame allá esas pajas.

—Y yo tengo que quedarme, ¿no? ¡Pues soy capaz de dimitir!

—No puede, *sheriff*.

—¿Por qué no?

—Llegan los tres jinetes del Norte.

—¿Qué…?

—¿No los conoce? Tres fulanos que llegan desde el Canadá.

—Mucha gente viene de allí, sobre todo en invierno. En el Canadá uno se pela de frío —gruñó el *sheriff* intentando animarse.

—Ésos son distintos.

—¿Sí?

—Van cometiendo crímenes por todos los lugares por donde pasan. Dejan una estela de sangre, y lo peor es que nadie se atreve a enfrentarse a ellos.

—¿Ni el *sheriff* de cada condado?

—El *sheriff* de cada condado se pone los cinco primeros minutos.

—¿Y luego?

—Luego la diña.

El *sheriff* de Denver arqueó una ceja.

—¿Seguro?

—Seguro.

El *sheriff* fue a quitarse la estrella.

—Me largo con usted, juez.

—¿Es que tiene miedo?

—No. Es que me han dicho que en la diligencia, si van dos, hacen rebaja.

—Menos monsergas. ¡Usted se queda!

—De modo que, o tengo que enfrentarme a los tres jinetes esos que vienen del Norte, o tengo que ver cómo el juez Bunsen apiola a media ciudad, ¿no?

—Para eso cobra.

El *sheriff* volvió a dejarse caer hacia atrás, y ahora sí que encontró la silla.

—De modo que no puedo largarme con usted, ¿eh?

—Ni hablar.

—¿Y cuándo llegarán esos tres jinetes del Norte?

—¡Cualquiera sabe! Pero vienen hacia aquí. Seguro.

—¿Y cuándo llegará Bunsen?

—Dentro de tres días.

—Oiga, juez, tengo una idea.

—¿Cuál?

—Nos metemos en los ataúdes destinados para esos muertos y nos largamos usted y yo.

—Me decepciona usted, *sheriff*. Veo que le abruma el miedo.

—¿Y si le dijera que me da más inquina el juez que esos tres criminales?

—Ése es asunto suyo. Allá usted.

—¿No tiene Bunsen ninguna virtud?

—Hombre, no sé qué decirle… Es bien parecido.

—¿Y simpático?

—El no. Pero tiene un hermano que lo es mucho.

—Con eso no arreglamos nada. También su hija de usted está imponente, juez, y usted está hecho un carcamal.

—Mire, no se meta con mi familia.

—Yo, lo que quiero decirle, es que el hermano del juez Bunsen no va a arreglar los líos del juez Bunsen.

—Claro que no. El hermano es un cara de piedra.

—¿Qué?

—Uno de esos tipos que preguntan quién se ha comido el pastel cuando ellos mismos tienen los morros llenos de nata.

—Comprendo.

—Pero se distingue del juez Bunsen enseguida.

—Claro. Se distinguirán, supongo, en que uno hace apiolar a la gente y el otro no.

—En algo más. El hermano no distingue los colores.

—¿Qué?

—Que confunde el rojo con el amarillo, y cosas así. No sé qué infiernos le pasa en la vista.

—Bueno, ¿y a mí qué me importa eso?

—Sólo lo he dicho por calmarle. Para que vea que el juez Bunsen también es un ser humano.

—Ah, ya.

—Y ahora hemos terminado de hablar. Yo me largo.

El juez tomó su maletín negro y se dirigió hacia la puerta, dedicando hacia el despacho que iba a dejar, una mirada de hastío.

—Ahí se queda, *sheriff*.

—Oiga, no se largue tan aprisa. ¿Puedo saber al menos, qué es lo que pretenden esos tres jinetes del Norte? Porque si lo único que quieren es descansar y luego pasar de largo, yo se lo permito y en paz.

—No quieren eso, *sheriff*.

El de la estrella, que ya había empezado a concebir esperanzas, se arrugó de repente.

—De modo que no…

—Van a quedarse aquí.

—¿Pero por qué? ¿Qué tiene Denver que no tengan otras grandes ciudades de la ruta ganadera?

—Quieren apoderarse de un rancho.

—¿De cuál?

—Del de Katty Farrell.

—¿Por qué precisamente de ése?

—Porque aseguran que el padre de Katty se lo robó al padre de uno de ellos. En fin, una vieja y sucia historia. Yo no pensaría en ello si no fuese porque tengo la sensación de que Katty pronto va a estar muerta.

—Katty y yo.

—Allá usted. Suyo es el huevo. Cómaselo.

—¿No habrá modo de disuadir a esos tipos?

—Sí, uno.

—¡Dígamelo! ¡Le pago un *whisky* doble si me lo dice!

—En cuanto vean por aquí al juez Bunsen, se largarán como alma que lleva el diablo. Hoy hemos ahorcado a dos maleantes, pero con el juez Bunsen la cosa se hará al por mayor. Esos tipos se arrugarán en cuanto huelan la ciudad de Denver.

—Dios le oiga.

—Espero que, sobre todo, le oiga a usted. Abur, *sheriff*.

—A… abur, juez.

—Cuando esté ante su tumba, siempre diré que fue usted un honesto cumplidor de la Ley.

—Es un consuelo.

—Y le traeré flores. Abur dos veces.

El juez cerró la puerta a sus espaldas y se largó. Instantes después se le oía pasar bajo la ventana mientras silbaba una cancioncilla.

# CAPÍTULO II

Eran tres.

Los tres vestían de un modo muy parecido, con pantalones tejanos azules, camisas negras o casi negras y pañuelos de un indefinible color que iba desde el amarillo pajizo hasta el rojo. Sus sombreros habían sido blancos, pero ahora tenían el mismo color del polvo de la llanura, y un cerco de sudor señalaba su contorno.

Llevaban dos revólveres cada uno de ellos, un largo cuchillo y un rifle en cada silla.

Sus nombres eran bien sencillos.

Jeremy.

Fulton.

York.

Venían del Norte, efectivamente, desde las heladas soledades del Canadá. Habían atravesado la frontera meses antes, dirigiéndose al Sur sin prisa. Cada vez que una población les gustaba, pasaban unos días en ella. Cada vez que alguien les resultaba molesto, lo enviaban a un lugar donde ya no podía molestar más.

No les importaba que se hablara de ellos, no temían que en los pasquines fuera creciendo cada vez más la cifra que se leía debajo de sus cabezas.

Jeremy y Fulton eran rubios, pero York era moreno. Se les conocía fácilmente a causa de esa particularidad. Dos rubios y un moreno que vestían de modo muy parecido, eran como una señal de alarma.

Desde lo alto de la pequeña colina, miraron la ciudad que se extendía a sus pies.

Jeremy extendió el brazo y susurró:

—Denver.

No hacía falta más palabras. Los tres sabían lo que aquello significaba. Espolearon a sus monturas y descendieron a poca velocidad.

No podía decirse que Denver fuera entonces una ciudad bonita, pero era bulliciosa y activa. Por todas partes se veían jinetes, tílburis tirados por briosos caballos, damas elegantes y hombres con aspecto preocupado que entraban y salían de los establecimientos bancarios. Había varios saloons, una cárcel muy respetable y una iglesia. Todo daba la impresión de una ciudad en pleno desarrollo, y que pronto se convertiría en la capital de un estado de gran importancia.

Claro que eso a los recién llegados les importaba bien poco. Habían viajado tanto que muchas veces no sabían bien en qué ciudad estaban.

De todos modos, no les pasó inadvertido el hecho de que allí se mascaba la riqueza, y de ello dedujeron que los ranchos de las cercanías debían estar bendecidos por todas las prosperidades.

Jeremy susurró:

—¿Qué notáis en la gente?

—Nos han reconocido.

—Sí… Yo diría que todos se apartan.

Fulton sonrió.

Tenía unos dientes bien formados, pero demasiado amarillos a causa de su inveterada costumbre de mascar tabaco.

—No sé si es bueno eso de resultar tan conocidos, York.

—¿Es que crees que el *sheriff* va a venir a detenernos?

—No, pero sabrá bien pronto que estamos aquí.

—Mejor. Si se pone gallito, lo desplumamos.

Los tres lanzaron al unísono una carcajada.

Pasaban en aquel momento delante del saloon que estaba abarrotado de público.

—¿Qué os parece si entramos ahí? Tengo sed.

—Ujú —gruñó Fulton.

Descabalgaron, amarraron sus caballos y entraron en el local con paso lento y cadencioso.

Nadie pareció hacerles caso, lo que en el fondo les decepcionó bastante, pero no hicieron ningún comentario. Había una mesa libre en un ángulo, y la ocuparon inmediatamente.

Todas las mesas del contorno estaban ocupadas por gente que jugaba, al parecer, con mucho entusiasmo. Podía decirse que en el saloon no había un solo sitio, fuera del que ellos habían hallado.

Un mozo se acercó temblequeante.

—¿Qué van a tomar, ilustres caballeros?

—*Whisky*. *Whisky* en grandes cantidades para los tres.

—Enseguida, ilustres caballeros.

El mozo se alejó renqueando, y uno de los pistoleros, Jeremy, volvió la cabeza hacia la izquierda.

—Diantre… —gruñó—. ¿No estaba ocupada esa mesa de ahí?

—Seguro…

—Pues ahora está vacía.

—No nos habremos fijado bien…

El mozo volvió con tres botellas.

—Aquí tienen, ilustres caballeros. Hay *whisky* hasta para sus caballos.

—¿Cuánto debemos?

—Un dólar por botella.

York depositó sobre la mesa un billete de cinco dólares.

—Enseguida les devuelvo el cambio, ilustres caballeros.

Cuando se alejaba, York miró hacia la derecha.

—¡Infiernos! ¡Ahora resulta que esta otra mesa también está vacía!

—¡La gente se está largando!

—No, no… Deben ser manías nuestras.

En aquel momento, el mozo volvió con los dos dólares de cambio.

—Tengan, ilustres caballeros.

—Quédate un dólar para ti —dijo Fulton.

—Gracias, señor. Le compraré unas muletas a mí mujer.

—¿Es que es coja?

—No, señor. Baila en el saloon.

Fulton por poco le atiza un puntapié.

—¡Lárgate de aquí! ¡Y como el *whisky* no sea bueno, ya puedes rezar por tu alma!

El mozo volvió sobre sus pasos.

Y entonces, los tres hombres vieron, con asombro, que el saloon entero se había quedado vacío.

No se veía un alma.

Ellos eran los únicos ocupantes del local, donde ya no quedaban ni los naipes sobre las mesas.

Jeremy masculló:

—¡Todo el mundo se está escapando! ¡Son capaces de evacuar la ciudad!

—Eso indica que nos han reconocido.

—¿Y quién lo pone en duda? ¡Claro que nos han reconocido! ¡Ya estamos acostumbrados! ¡Cuando nosotros llegamos a Chicago, la gente ya se pone a correr en San Antonio de Texas, al otro lado del país!

—Bueno, eso no nos perjudica. Al contrario, nos ha permitido conseguir muchas cosas sólo por el miedo que la gente nos tiene. Todo será más fácil cuando Katty Farrell se entere de que estamos aquí.

Fulton bebió directamente de la botella un largo trago de *whisky*.

Sus compañeros le miraban.

—¿Cómo es el rancho de esa chica, Fulton?

—Fenomenal.

—¿Es cierto que su padre se lo robó al tuyo?

—Algo de eso hubo. Los dos se lo jugaron. Mi padre era el que hacía trampas, pero perdió.

—Entonces no hubo robo.

—¿Quién dice que no lo hubo? Lógicamente, mi padre tenía que haber ganado, y toda la vida dijo que aquello era un robo más grande que una catedral. Desde entonces, me juré que ese rancho sería mío un día.

—Pero ahora la chica debe de ser la heredera. Seguro que su padre ha muerto.

—¿Y eso a nosotros qué nos importa?

—¿Es que piensas convertirte en ranchero, Fulton?

—Ya hemos hablado otras veces de eso. ¡No pienso convertirme en ranchero, claro que no! Pero si esa hacienda vale un millón, el millón será para los tres una vez la hayamos vendido. La experiencia debía haberos enseñado que es más fácil apoderarse de un rancho, que asaltar un Banco. Y suele ser mucho más productivo.

Bebieron *whisky* silenciosamente, a grandes tragos, y luego miraron hacia la barra.

Hasta el mozo que acababa de servirles se había largado. Ya no quedaba nadie.

Nada se movía en el saloon, excepto la pianola que se deslizaba silenciosamente hacia la puerta.

Los tres hombres tardaron un largo minuto en darse cuenta de que era el dueño del saloon el que trataba de huir situándose debajo.

Jeremy, Fulton y York estaban tan asombrados que no acertaron a reaccionar hasta que el mueble estuvo fuera del saloon.

Luego se oyó un fenomenal estrépito, seguido de roncas y estruendosas maldiciones.

La pianola y su dueño acababan de caer del porche, rodando hasta el centro de la calle.

York farfulló:

—Nunca había visto un caso igual. ¡Nadie se atreverá a entrar donde estemos nosotros! ¡Nadie! ¡Somos los amos!

En aquel momento, los batientes del saloon fueron empujados desde fuera, y un desconocido penetró en el local.

Era un tipo alto, fuerte, rubio, con las facciones lisas y ojos de asesino.

No parecía un pistolero, sin embargo.

Vestía como un *gentleman*. Su levita era inmaculada, y sus pantalones parecían haber sido planchados muy recientemente. Llevaba bajo el brazo un libro de espesas tapas negras, donde se leía, en letras grandes como puños:

«LA PENA DE MUERTE Y MÉTODOS PARA APLICARLA».

Los tres pistoleros se miraron uno al otro, perplejos, sin saber qué postura adoptar ante aquel extraño desconocido.

Al fin decidieron no hacerle caso, puesto que el recién llegado se había sentado tranquilamente a una mesa y esperaba que le sirvieran, con lo cual, desde luego, iba listo.

Fulton dijo en voz baja:

—Tengo un plan de acción para lo del rancho.

—¿Sí?

—Katty Farrell tendrá algunos hombres, pero hay que demostrarle desde el principio, que toda resistencia es inútil. Hay

que aterrorizarla.

—¿Y cómo?

—No será difícil atrapar a su capataz. Seguro que vendrá a la población con frecuencia, por asuntos del rancho.

—¿Y qué?

—Lo ahorcaremos.

Fulton dijo aquellas palabras con voz tan fría y cortante como un cuchillo. Hasta sus propios compañeros, acostumbrados a actuar siempre de aquel modo, sintieron un leve estremecimiento.

—Un acto así, desafiando a todos los poderes de la ciudad, hundirá a los que protegen a Katty Farrell. Seguro que, una semana más tarde, el rancho cae en nuestras manos como una fruta madura.

—De acuerdo —masculló Jeremy.

Los tres volvieron a beber silenciosamente, como si ya estuviera todo tratado entre ellos.

Y en realidad, era así.

Habituados a que la gente temblara ante sus métodos expeditivos, todas sus actividades habían venido hasta ahora señaladas por el éxito.

No había razón para que las cosas marchasen ahora de distinto modo.

Cuando habían bebido la mitad de sus botellas, pero no antes, se dieron cuenta de que aquel *whisky* era infernal y resolvieron dejarlo.

Con pasos perfectamente seguros, como si no hubieran trasegado una sola gota de licor, se dirigieron hacia la puerta.

Cuando ya estaban en ella, los tres se volvieron a la vez, como poseídos por un mismo pensamiento.

El fulano de la levita continuaba allí. Estaba leyendo el librote sobre las aplicaciones de la pena de muerte, y parecía como si para él, aquella lectura fuese la más embriagadora del mundo.

Jeremy, Fulton y York se acercaron a la vez.

Era el único tipo que no se había ido al verlos. Debía ser un fulano con nervios fuertes como cables de acero.

York hizo:

—Ejem…

El de la levita levantó la cabeza.

Sus ojos de asesino hubieran helado el agua de una fuente en el mes de agosto, pero no impresionaron para nada a un tipo como

York.

—¿Es usted el camarero? —preguntó el de la levita.

—¿Tengo cara de eso?

—Tiene cara de algo peor, pero me lo callo.

Las cejas de Fulton se arquearon ligeramente, lo cual era en él un síntoma de pronóstico mortal.

—¿No sabe que es usted muy gracioso, amigo? Uno lo ve y se monda.

—Es lo mismo que decía mi padre. Quizá por eso se fue a reírse al Uruguay, y mi madre no le ha visto más el pelo.

—Pues puede que a usted no se lo vean tampoco, amigo, si le esperan en alguna parte.

Sus dos compañeros le tocaron suavemente en un codo.

—Vámonos, Fulton. Primero a lo nuestro. Luego ya nos divertiremos un poco, si es necesario. Deja que ese tipo engorde unas libras antes de liquidarlo.

Fulton comprendió que, al fin y al cabo, el deseo de sus amigos era razonable. Se encaminó hacia la puerta, dirigiendo una última mirada al tipo de la levita.

—Agradezca el poder seguir sentado ahí, a que estos dos amigos son unos santos —murmuró con voz suave—. ¿Pero puedo saber al menos a quién he perdonado la vida?

El de la levita, dijo:

—Al juez Bunsen.

Y siguió leyendo tranquilamente su librote sobre la pena de muerte.

## CAPÍTULO III

El *sheriff* de Denver estaba sentado tras su mesa, mascando un puro apagado, cuando se lo dijeron:

—Acaban de llegar.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser? Esos tres tipos que usted esperaba. Los tres jinetes del Norte.

El *sheriff*, que estaba sentado en el borde de la silla, se movió un poco, cayó, y quedó sentado en el suelo.

—¿Es que se ha caído de la impresión, *sheriff*?

—Ju —hizo el de la estrella—, ju.

Pero ni esa clase de risa le salía.

—¿Dónde están? —consiguió decir al fin, poniéndose en pie.

—La última vez que se les ha visto ha sido en el saloon de Turnes.

—¿Cómo son?

—Hace usted muchas preguntas, jefe.

—Es que quiero conocer sus medidas cuando les encargue los ataúdes. Je. Unos ataúdes de lujo. Je, je. Almohadillas. Je, je, je.

—Pues ya los tiene usted en Denver. Lo que se dice listos para morir.

—Bueno, menos bromitas. No me has dicho aún cómo son.

—Verá. Son altos y fuertes. Dos rubios y uno moreno. Visten pantalones tejanos azules, camisas casi negras y pañuelos rojos o casi rojos. Sus sombreros están cubiertos de sudor. Sus revólveres, en cambio, están tan brillantes que hielan la saliva.

—Bueno… Con esos datos no me confundiré. Voy a arreglármelas para que esta situación acabe. Nombraré unos cuantos comisarios.

Y el *sheriff* salió de su oficina, dispuesto a enfrentarse a los tres jinetes del Norte.

En este momento sabía que iba a morir, pero hay que decir, en su honor, que no le importaba.

Jamás había sido un cobarde.

# CAPÍTULO IV

Los cuatro hombres se hallaban alrededor del árbol formando un grupo compacto que se dibujaba claramente a la luz del atardecer.

Dick susurró:

—¿Qué significa esto?

Se encontraban a unas quinientas yardas de los jinetes, que estaban en lo alto de una suave colina. June, que iba a la grupa del caballo de Dick, levantó la cabeza para ver mejor.

—No me gusta nada, Dick.

—A mí tampoco. Me gustaría saber qué hacen esos tres tipos alrededor de un árbol. Ni que quisieran colgar a alguien…

—Y aunque estas tierras no pertenecen a nadie, están casi al límite del rancho Farell.

Dick repitió pensativamente:

—Ni que quisieran colgar a alguien…

Y, en efecto, no se equivocaba. Aquellos tres tipos estaban allí para ahorcar a un hombre, a quien habían traído prisionero a la grupa de uno de los caballos. Dick creyó ver a aquella distancia el tremolar de una cuerda al ser pasada por encima de una rama, y luego, los caballos se encabritaron como si su jinete tratara de dominar los movimientos desesperados de un hombre.

Dick clavó espuelas a su caballo.

—¡Aprieta, «Satán»!

Desgraciadamente, ya era tarde para evitar lo que sucedió a continuación. El prisionero fue levantado por seis brazos a la vez, y se le ciñó el lazo, dejándolo caer luego bruscamente. Su muerte no debió ser cómoda ni demasiado rápida, porque estuvo balanceándose durante unos segundos, mientras los jinetes se abrían en abanico para escapar. June lanzó un grito, y Dick volvió a clavar

espuelas en los flancos de su caballo.

Pero se dio cuenta de que ya no conseguiría atrapar a ninguno de los asesinos. Su caballo se hallaba fatigado e iba cargado, además, con dos personas. Tenía que ascender la colina mientras que los tres jinetes estaban ya en lo alto de ella.

Extrajo su revólver derecho y apuntó.

—Puede que hayan colgado a un cuatrero —gritó June intentando detenerte—. ¡Piensa que quizá ellos no sean, al fin y al cabo, unos asesinos!

—Si hubiesen colgado a un cuatrero, no escaparían ahora —dijo Dick—, ni le administrarían justicia tan lejos de la ciudad.

Hizo un disparo, y el sombrero de uno de los fugitivos saltó por los aires, aunque pudo recuperarlo, cosa que se vio claramente a aquella distancia. Pero el jinete no cayó. Dick calculó que debía haberle rozado la cabeza solamente.

—¡El caballo ya no puede más! —rugió—. ¡Nunca conseguiré darles alcance!

—Mejor. Son demasiados…

—¡Al diablo la prudencia de las mujeres! ¡Aún me quedan balas para todos ellos!

De todos modos era evidente que ya no los alcanzaría. Los tres jinetes, desde lo alto de la colina, le vieron avanzar e hicieron una descarga cerrada con sus «Colt», sin apuntar demasiado. Las balas sacaron esquirlas de las rocas junto a las patas del caballo de Dick, pero ninguna de ellas dio en el blanco. Dick hizo fuego también, pero falló de nuevo a causa de los movimientos imprecisos de su montura.

Los tres jinetes, después de ahorcar al hombre que ahora yacía colgado del árbol, debieron considerar que su trabajo estaba terminado y no perdieron más tiempo esperando al recién llegado. Una nueva descarga cerrada obligó a June y a Dick a pegarse a los flancos del caballo. Luego, los asesinos desaparecieron por el otro lado de la colina.

Cuando Dick llegó junto al árbol, los asesinos ya se encontraban a gran distancia después de haber galopado cuesta abajo.

Comprendió que no podría alcanzarlos nunca con su fatigado caballo, y resolvió olvidarlos por el momento, volviendo el rostro hacia el ahorcado.

Lo reconoció.

—Es extraño… —dijo.

—¿Es que lo habías visto antes? —preguntó June.

—¿Y tú?

—Yo sí que lo conozco porque lleva bastantes años establecido en la población. Es el capataz del rancho Farrell.

—¿Puede ser ése el motivo por el que lo han asesinado?

—Es posible. En Denver, los hombres mueren por motivos mucho más pequeños. Ser capataz de un gran rancho resulta peligroso aquí.

Dick hizo dar varias vuelcas a su caballo alrededor del árbol y examinó las huellas que los cascos de los otros animales habían dejado allí. Eran cascos con herraduras corrientes. Resultaba muy difícil encontrar una pista por aquel lado.

Luego extrajo el revólver otra vez, hizo un solo disparo y segó limpiamente la cuerda de la que colgaba el ahorcado.

Cuando acababa de realizar esta tarea, June susurró:

—Mira, alguien se acerca.

En efecto, dos jinetes se acercaban al galope, ascendiendo la colina por el mismo lado que habían empleado los asesinos para escapar. Dick los miró con atención. Eran el *sheriff* y su ayudante.

Cuando llegaron a lo alto del montículo, Dick les cortó el paso para preguntar:

—¿Adónde va, *sheriff*?

—Al rancho de Katty Farrell. ¿Y usted quién es?

—Dick Leman, un agente de la Pinkerton. ¿Para qué va allí?

—No debería usted hacerme tantas preguntas, Dick Leman, pero le contestaré. Voy al rancho de Katty Farrell para comunicarle que un grupo de tres sospechosos ha llegado a la ciudad, y que debe estar prevenida. Tendrá disgustos.

—¿Son acaso esos tres sospechosos unos tipos con los que se ha cruzado usted hace unos momentos? —preguntó Dick.

—Sí, y he hecho apretar el galope a mí caballo, temiendo que vinieran del rancho de Katty. Aunque he oído disparos, no me he atrevido a detenerlos hasta saber alguna cosa con seguridad.

—Pues aquí tiene algo para ir empezando.

Dick se apartó, y entonces el *sheriff* y su ayudante pudieron ver en el suelo el cadáver del capataz.

—¡Lo han ahorcado! —gimoteó el de la estrella.

—¿Es que no lo ve?

—No se trata de que no lo vea. Lo que ocurre es que no lo comprendo. ¿Por qué?

—Quizá intenten asustar a Katty Farrell, la dueña del rancho —apuntó Dick.

—Pero ésta no era razón para que le maten. Al contrario, al conocer su muerte, Katty tomará medidas enérgicas.

Después de decir esto, el *sheriff* se acarició la barbilla pensativamente.

—De todos modos, tiene que haber una explicación —añadió.

—Por supuesto —dijo Dick—, y yo me encargaré de encontrarla.

—Yo voy a encargarme de algo mucho más importante —dijo el *sheriff*.

—¿De qué?

—Esos tipos eran tres.

—Muy bien. Bonito número, ¿no?

—No hablo en broma, agente Pinkerton. Le prometo que levantaré en segunda cuatro horcas en este mismo sitio.

—¿No dice que aquellos tipos eran sólo tres?

—Pero deben tener un jefe, y para él habrá la horca más alta de todas.

Dick no respondió. La deducción era perfectamente lógica. Tres asesinos no llegan a una población para colgar a un hombre determinado sin que los haya llamado alguien. ¿Pero y si eran tres tipos iguales, que obraban siempre de común acuerdo?

Se hizo entre los hombres un expectante silencio, que Dick rompió al fin para decir:

—¿Querrá dar sepultura a ese hombre, *sheriff*?

—Lo haré. Yo mismo me encargaré de llevarlo al cementerio de Denver. Por cierto, ¿qué hacía usted aquí, Dick?

—Iba al rancho de Katty Farrell. Ella me contrató para protegerla.

—En efecto, ése no es lugar seguro después de lo que está sucediendo. Me temo que alguien quiera asesinar a esta pobre muchacha. Pero ¿a qué iba allí?

—A pedirle que concediera protección a June, haciéndola custodiar por los mejores tiradores de su rancho. June es una

muchacha desamparada a la que he encontrado en mi ruta. Pero estoy pensando que el rancho de Katty puede ser atacado de un momento a otro.

—No le falta razón, amigo.

—Volveremos a la ciudad, la alojaré en un hotel y procuraré vigilarla yo mismo.

—Estoy causando demasiados conflictos —susurró June—. Mejor sería que los Randall hubiesen acabado conmigo de una vez…

—Los Randall no volverán a molestarte en una temporada.

Dick Leman hizo un saludo al *sheriff*, picó espuelas y descendió suavemente la colina en dirección a Denver. Ahora ya no tenía prisa.

—¿Por qué no me llevas al rancho de esa tal Katty como cabías pensado al principio? —preguntó June acercando mucho su rostro al del hombre.

El suave aliento de la muchacha causó como un estremecimiento en la piel del hombre, que sin embargo, no se volvió.

—Le he dicho al *sheriff* la verdad. El rancho de Katty Farrell puede ser atacado en cualquier momento. Ella es demasiado poderosa en esta comarca, y tiene ya muchos enemigos. Katty es una mujer ambiciosa que sólo vive para su rancho. Los hombres le importan poco y las dificultades menos aún.

—Puede que los hombres le importen poco a ella, pero a ti, en cambio me parece que te importan mucho las mujeres.

—Te equivocas, June —rió Dick Leman—. Ya me estoy volviendo viejo…

Llegaban en aquel momento a la vista de las primeras casas de Denver, las cuales habían pasado a ser en la penumbra como un conjunto de puntitos luminosos.

—Puedo marcharme… —susurró ella a punto de llorar—. Puedo marcharme de esta ciudad y no me veréis nunca más…

Dick se volvió un poco hacia ella.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás asustada?

—¿Asustada? ¡Jamás llegarás a comprender lo que me sucede! ¡Los Randall me persiguen desde que era una niña!

Enfilaba en aquel momento la recta de la calle Principal, y Dick decidió no contestar a la muchacha.

Se detuvieron ante un hotel, el Royal, situado enfrente de aquél en que se alojaba Dick. Éste pidió una habitación para la muchacha que tuviese ventana a la calle.

—La dieciocho —dijo el dueño—. Es la mejor que tenemos, y casualmente está vacía.

Entregó la llave a Dick, y éste acompañó a la muchacha a la habitación designada.

—Quiero convencerme de que te veo desde la ventana de mi hotel —explicó.

Introdujo la llave en la cerradura para abrir la puerta, una vez encontraron la habitación número 18. El pasillo estaba sumido en la penumbra. Junto a cada puerta parecía acurrucarse un hombre al acecho.

—Estoy intranquila —susurró June.

Dick hizo girar la llave en la cerradura, empujó la puerta y en aquel momento una tempestad de plomo cayó sobre los dos.

Todo sucedió en una fantástica rapidez, igual que una extraña pesadilla.

Dick oyó el ruido de un martillo al alzarse mientras daba la vuelta a la cerradura. Empujó brutalmente a June, mientras empujaba también la hoja de madera, e hizo rodar a la muchacha por el suelo de tablas de la habitación.

A todo esto, los disparos habían empezado ya.

Una bala se le llevó a Dick cabellos de la cabeza, junto a la nuca. Otra le pasó tan cerca de los labios, que le dejó en ellos como un sabor a sangre. Dick en lugar de saltar al interior de su habitación, se arrojó al suelo del corredor, mientras desenfundaba sus revólveres.

En la habitación hubiese estado seguro por el momento, pero nunca habría logrado dar caza a su enemigo.

Entre las tinieblas del corredor, vio una figura agazapada, de la cual brotaban los fogonazos. Era la figura de un hombre que debía haber entrado por la ventana que había al fondo. Dick hizo tres disparos seguidos y aquella figura dio un salto de costado.

Dick también cambió de posición.

Dos plomos mordieron a continuación el lugar donde antes había estado su cabeza.

Disparó otra vez contra la figura agazapada, que en este

momento acababa de abrir la puerta de una de las habitaciones introduciéndose por el hueco con la agilidad de un gato.

Dick dio un salto hacia adelante y se lanzó en su persecución. Se oyó dentro del cuarto el grito de una mujer, sin duda una mujer joven sorprendida en algún momento íntimo.

Luego el ruido de una ventana hecha astillas. El misterioso atacante había saltado a la calle.

Se oyó la voz de June:

—¡No salgas, Dick! ¡Es una trampa!

Dick, a pesar de la advertencia, entró en la habitación dispuesto a saltar a la calle desde la ventana.

Una mujer estaba en el centro de la pieza. La irrupción del primer hombre la había sorprendido mientras se estaba cambiando de ropa. Cubierta a medias por una sábana, empezó a gritar:

—¡Asesinos! ¡Farsantes! ¡Canallas!

Luego, en vista de que Dick no le dirigía una sola mirada, gritó:

—¡Idiotas! ¡Ni que tuvierais una estaca en cada ojo!

Dick se lanzó en tromba contra la ventana que el otro ya había roto astillando los cristales. Pasó por ella como una exhalación, desplomándose sobre la calle.

Comprendió entonces que June había tenido razón. Era una trampa, o por lo menos, su enemigo había tomado más precauciones que él. Mientras saltaba, las balas siluetearon su figura.

Tuvo tiempo de ver a un hombre que se revolcaba por tierra, abajo, y que era sin duda el que acababa de saltar antes que él. Dos tipos más, de pie en el centro de la calle, vomitaban plomo como unos condenados, por cuatro revólveres a la vez.

Cayó entre los dos pistoleros, después de ser rozado por varias balas disparadas de cualquier modo. Dio entonces una voltereta sobre el polvo y quedó de rodillas, con el revólver engarfiado entre los dedos de su derecha.

El pistolero que estaba en este lado fue el primero en volverse hacia él, mientras lanzaba una maldición.

Y también fue el primero en morir.

Una sola bala de Dick Leman le atravesó la cabeza entrando por la mandíbula y esto fue suficiente.

Pero mientras Dick Leman disparaba contra su enemigo, no

podía vigilar al segundo.

Y fue el otro pistolero el que le apuntó fríamente al centro de la cabeza.

June, desde la ventana de su habitación del hotel, gritó con todas sus fuerzas, advirtiendo a Dick. Y aunque éste se volvió con la rapidez del rayo, supo que no llegaría a tiempo.

En efecto, el revólver de su enemigo le estaba apuntando al centro de la cabeza.

Dick intentó disparar para que su adversario le acompañase en el Gran Viaje. Pero antes de poder apretar el gatillo, parpadeó mientras de su garganta partía una exclamación de asombro. La cabeza de su enemigo había saltado hecha pedazos. Una bala, seguramente de «Winchester» pesado, acababa de atravesarla. Dick fue a mirar en la dirección de donde había partido el disparo, pero ya no tuvo tiempo.

Todo se volvió rojo para él, espantosamente rojo y negro.

## CAPÍTULO V

El *sheriff* masculló:

—Saldrá de ésta, pero es un mal asunto para un hombre joven. Tardará tiempo en reponerse.

—¿Lo ha dicho el médico?

—Sí.

El *sheriff* volvió la espalda, dejando de mirar a Dick, que estaba en una cama del hotel Royal, inconsciente, y miró directamente al tipo que acababa de hablarle.

El juez Bunsen, realmente, era un ejemplar digno de ser observado.

Alto, hercúleo, fuerte como un toro; tenía una sonrisa amable y cordial. Pero tenía también uno ojos de asesino que tumbaban de espalda.

Fue el juez quien dijo:

—A ver, explíqueme lo que pasó, *sheriff*.

—Muy sencillo. Ese muchacho que está ahí al borde de diñarla, Dick Leman, es un detective de la Agencia Pinkerton.

—Ya…

—Katty Farrell lo contrató a toda prisa para que la protegiera, al saber que habían llegado esos tres jinetes del Norte. Daba la casualidad de que Dick estaba trabajando en una cosa de escasa importancia a pocas millas de aquí, por lo que pudo dejar el primer trabajo y ponerse enseguida a las órdenes de Katty.

—Ya, ya.

—Cuando realizaba una primera exploración de los contornos, encontró a una muchacha fugitiva. Lina chica descomunal que se llama June.

—Ya, ya, ya.

—Mire, juez, me está usted poniendo nervioso con tanto «ya, ya», cada vez que yo cierro la boca.

—Es que yo digo «ya» cuando me entran ganas de ahorcar a alguien.

El *sheriff* tragó saliva bruscamente.

—Pues mejor que olvide esos deseos homicidas, juez. Por lo menos, no me mire a mí mientras piense en hombres ahorcados. Me pone nervioso.

—Ya, ya, ya, ya.

Sintiendo que le temblaba la mandíbula, el *sheriff* siguió:

—Esa chica, June, está descomunal.

—Ya me lo ha dicho.

—Bueno, pues lo digo dos veces, porque de lo contrario, usted no se dará cuenta de la clase de monumento que tenemos ahora en Denver. El caso es que hay unos tipos, los Randall, que la persiguen.

—¿Con qué intenciones?

El *sheriff* se sonrojó.

—Imagíneselas usted, juez.

—¡Ya sé! ¡Piensan ahorcarla!

—¡Pero qué ahorcarla ni qué infiernos! ¡También es manía, juez! ¿Usted cree que tipos grandes como castillos pueden perseguir a una mujer sólo para eso?

—Bueno, a lo mejor, además, piensan descuartizarla. Antiguamente, la pena de muerte se aplicaba así.

—¡Y dale con la pena de muerte! ¡Le he dicho que la chica está fenomenal! ¿Imagina al fin para qué la querían esos tipos?

El juez, al fin, comprendió.

—Ya, ya, ya, ya, ya —dijo.

—Pero por lo visto no habían conseguido su propósito y estaban más lejos que nunca de conseguirlo, cuando Dick la tomó bajo su protección. Entonces pensaron asesinarlo y por eso se emboscaron junto a una de las habitaciones del hotel. Eran los tres y un fulano al que contrataron para aquel trabajo. Hubo el tiroteo y el lío que usted sabe, y Dick liquidó a uno de los hermanos Randall. Los otros pudieron escapar, pero uno de ellos alcanzó a rozar con una bala la cabeza de ese muchacho, y por poco lo deja más seco que una momia. Menos mal que yo pude emplear el rifle a tiempo. Ya ve si tenemos trabajo en la población, juez.

—Eso es lo que yo quería.

—Bueno, pues yo no. Pero hay una cosa que me tranquiliza.

—Esta fechoría, al menos, no la han cometido los tres jinetes del Norte.

—Los cuales, sin embargo, han ahorcado al capataz del rancho Farrell.

—Sólo para asustar a la dueña. A los pobrecillos no se les ha ocurrido otra cosa.

—Desde luego. Otro día se les ocurrirá ahorcarle a usted, *sheriff*. ¿Y dónde están ahora?

—Ni idea.

—¿Viven en la ciudad?

—¡Claro que no! ¡No se atreverán! ¡Yo represento aquí la Ley!

—¿Y si deciden hospedarse en Den ver, *sheriff*?

—Pues… en tal caso, dejaré de representar la Ley, juez.

Éste lanzó un gruñido.

—¡Vamos a ver! Estoy decidido a acabar con la situación por la vía rápida. ¡Haré ahorcar a medio territorio, si es necesario! ¡No habrá árboles suficientes en todo Colorado para sostener los cuerpos que penderán de ellos! ¡Un espeso olor a cadáver se extenderá por toda esta tierra! Los pocos supervivientes tendrán que emigrar, los ríos se teñirán de sangre…

—¡Eh, pare juez!

—¿No me cree?

—Sí, pero estábamos hablando de los tres jinetes del Norte.

—Bueno, pues eso es lo que decía yo. ¡Haré ahorcar a quien sea para acabar con ellos! ¿Usted los conoce?

—No.

—¿Cómo es posible? ¿No dice que se cruzó con ellos cuando usted ascendía por la colina y ellos bajaban?

—Sí, pero no me fijé en sus caras, que es lo que ocurre a todo el mundo. Sólo me di cuenta de que eran ellos, porque iban vestidos de un modo muy peculiar, y porque eran dos rubios y un moreno.

—¿O sea, que, si se presentasen en Den ver, podría reconocerlos?

—¡Claro que sí!

—Bueno, pues ya es bastante.

El *sheriff* se pasó una mano por la mandíbula.

—¿Y qué debo hacer si los encuentro en Denver, juez?

—Detenerlos y traerlos a mí presencia, para que sean juzgados por la autoridad legalmente constituida.

—¿A… los tres?

—Y debidamente esposados, para que no se insubordinen en el tribunal.

El *sheriff*, ahora, empezó a rascarse la barbilla con las dos manos.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso.

—Siento no poder rascarme la mandíbula con el pie, juez.

—¿Por qué?

—Porque sería lo último que me faltaría para convertirme en un mono.

El juez lanzó un gruñido:

—Bueno, detenga a esos hombres y tráigalos a mí presencia — decidió al fin—. No es preciso hablar más. ¡Andando!

—¿Sabe que he querido reclutar una tropa de comisarios para que me ayudasen a esa captura?

—Sí, claro. Lo supongo. Usted sólo no puede detener a tres asesinos que disparan en cuanto ven la sombra de una estrella.

—¿Y sabe quién se ha presentado voluntariamente para ostentar la placa de comisario? Sólo una persona.

—¿Quién?

—¡Mi mujer! Cree que eso de los tres jinetes del Norte es un cuento para pasarme las noches fuera de casa.

—De todos modos, dele la placa —decidió el juez—. Seguro que, en cuanto vean a su mujer, los tres jinetes huyen y no se les vuelve a ver más el pelo.

—¡Cómo se ve que es usted soltero, juez! ¡Cómo se nota que no sabe lo que son esas cosas!

—Sí, yo soy soltero, pero tengo familia muy molesta. Mi hermano, por ejemplo, es un sujeto de alivio.

—Ya había oído hablar de él.

—Tiene una cara de acero blindado.

—Sí, ya me lo han dicho.

—Estafaría a su padre, si pudiese.

—Lo sé, lo sé. También me han dicho que no distingue los

colores.

El juez arqueó una ceja.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Corre el rumor por ahí.

—¡Ejem! Sí que está la gente enterada de cosas…

—¿Y dónde para su hermano ahora, juez?

—En la cárcel. Le condené a cinco años.

El *sheriff* iba a gritar: «¡Qué bestia de tío!», pero se calló.

Vio que el juez iba hacia la puerta.

—Tengo que ir al Banco a recoger el importe de un préstamo que me tienen concedido. Y ya lo sabe, *sheriff*. En cuanto aparezcan esos tres jinetes por aquí… ¡me los empapela!

El *sheriff* sintió que la cabeza le daba vueltas, pero resolvió obedecer.

Si no era un héroe ahora, no lo sería en todos los días de su vida.

Salió él también a la calle, dispuesto a liquidar a todos los grupos de tres hombres que se le pusieran delante de los ojos.

# CAPÍTULO VI

Los dos hombres que en este momento paseaban por la calle Principal de la floreciente y peligrosa ciudad, hubieran tenido que llamar por fuerza la atención en cualquier parte.

Ambos eran altos, fuertes y con la piel agradablemente tostada por el sol. Tendrían, como máximo, unos veintiocho años, o sea que estaban en muy buena edad, según opinión de las mujeres, y además, iban irreprochablemente vestidos, como dos auténticos caballeros.

Por encima de los chalecos de seda floreada, cruzaban gruesas cadenas sosteniendo los relojes, y a cada movimiento, sus bolsillos sonaban tenuemente, con un agradable ruidillo prometedor de monedas.

Cualquiera que los hubiese visto habría pensado inmediatamente: «He aquí dos tipos con suerte. Deben tener los bolsillos repletos de oro y habrán venido a Denver solo para divertirse, porque aquí están las mejores bailarinas de todo el territorio».

Más de una jovencita habría suspirado al pasar junto a ellos, pensando: «Uno de esos dos me convendría. Jóvenes, guapos, con dinero…»

Al pasar frente a los establecimientos, se daba el caso de que los dueños salían a las puertas y los saludaban respetuosamente, señalando las mercancías del interior.

—Tienen aspecto muy reflexivo, caballeros. Si desean comprar algo no necesitan buscar más. Aquí está lo mejor de Denver.

Un armero les hizo la mejor propaganda también:

—No llevan ustedes revólveres, caballeros, y se exponen a serios peligros. ¿Por qué no entran? Tengo aquí los mejores «Cok» de la

ciudad.

Pero los dos hombres no hacían caso de aquellas sugerencias.

Eran como esos tipos con demasiado dinero en los bolsillos a quienes todo les parece poco, y que no se dignan entrar en ninguna parte.

Pero si los que les envidiaban hubiesen podido oír su conversación, se habrían quedado de piedra.

Porque los dos jóvenes reflexionaban sencillamente sobre cuál sería el mejor procedimiento para ingresar en la cárcel.

—Te aseguro que no podemos seguir así —decía Len, uno de ellos—. El invierno va a echarse encima, ya hay nieve en los puntos más bajos de las Rocosas, y dentó de poco Denver quedará medio aislada. Empezará el hambre, como es normal, para todos los que viven como nosotros. ¿Qué haremos entonces? La cárcel es el único sitio donde uno está más o menos abrigado y donde dan de comer todos los días.

—Muy bien, Len. Pero ¿cómo entras ahí justo para todo lo que dure el invierno?

—Eso es lo difícil. Si cometemos una barbaridad demasiado grande, nos ahorcan o nos encierran para muchos años.

Si lo que hacemos es una tontería, nos encierran durante una semana y nos echan fuera justamente cuando empieza a nevar. Es muy difícil encontrar el término medio.

Jim, el otro joven, se llevó una mano a la frente, dándose una palmada que por poco le hace saltar el sombrero de copa.

—¡Pero qué idiotas somos, Len! ¿Por qué pensar tanto? Debemos ciento cincuenta dólares en el hotel. Decimos que no tenemos un centavo y que no podemos pagarles y seguro que nos meten en la cárcel.

—A propósito de esto, lamento comunicarte una mala noticia, Jim.

—¿Qué clase de mala noticia?

—Julia, la hija del dueño, se ha enamorado de ti.

—¿De… quién?

—De ti, imbécil, de Jim Mac Donald. Se ha enamorado como si fuese una colegiala de dieciséis años.

—Bueno, ¿y qué? ¿Es que, acaso, porque me ama en silencio una mujer llamada Julia, no voy a poder ir a la cárcel?

—No te he contado lo peor. No sabiendo cómo demostrar su cariño, resulta que esta pobre muchacha ha puesto el «Recibí» en nuestra factura, y esta mañana me ha pedido con voz muy emocionada que te dijera que no debes ni un dólar.

—¡Diablo, pero eso es imposible!

—Me temo que ya sea una cosa irremediable.

—Muy bien, de todos modos, no hay por qué preocuparse. Cuando esta noche llegue su padre de regreso del viaje, y encuentre a faltar los ciento cincuenta dólares, decimos que los hemos robado nosotros.

—No podrás convencerle. Nos tiene por unos auténticos caballeros, y además, Julia asegurará que los ha perdido. Lo único que podremos hacer, porque no está bien seguir aprovechándonos de una situación así, es marcharnos del hotel.

Y esto plantea todavía con más gravedad la pregunta: ¿Dónde diablos pasamos el invierno?

Jim se acarició pensativamente la barbilla, como si todo aquello le sumiera en un mar de confusiones.

—Desde que nuestras familias nos desheredaron rotundamente —dijo con un suspiro—, hemos ido de tumbo en tumbo.

Len emitió una carcajada.

—Lo bueno fue el motivo por el cual nos desheredaron, ¿recuerdas?

Jim rió también.

—Tú tuviste la culpa. La idea de que nos desafiáramos a revólver, al fin y al cabo fue tuya.

—Sí, pero tú fuiste el que, en una reunión, mientras jugábamos una partida de cartas, empezaste a hablar mal de cierta dama llamada Elisa. Y yo tuve que arrojarte el guante a la cara desafiándote a muerte, porque Elisa era mi hermana.

—¡Imbécil! ¡Te equivocaste! ¡Era la mía!

—Fue divertido —dijo Jim—. No sabíamos que cada uno de nosotros tenía una hermana llamada Elisa. Tú empezaste a criticar a la tuya, porque no había querido hacerte un préstamo para jugar a los naipes, y yo creí que conocías a mí hermana y que en mi presencia la estabas insultando. En el desafío quedamos heridos los dos, y en nuestra maldita y puritana ciudad de Boston, hubo un escándalo. La consecuencia fue que nos desheredaron

fulminantemente. Y fue entonces cuando nos enteramos de que habíamos cometido un cómico error.

Len sacó su bolsa de tabaco, como si fuera a cargar la pipa, pero la bolsa estaba vacía. Al guardarla, con un gesto de aburrimiento, tiró sin querer de la cadena del reloj y ésta cayó al suelo. Pero al caer no produjo el sonido denso y macizo del oro, sino el sonido hueco de latón abrillantado.

Además, a su extremo no había un reloj, sino una chapa de hierro.

Len recogió a toda prisa aquella prueba comprometedora, mirando a todas partes por si alguien se había dado cuenta.

Afortunadamente, nadie había presenciado aquello.

—Lo curioso y triste es que nos habían enseñado en Boston unos oficios muy bonitos —dijo Jim—. Yo era experto en joyas, y tú estabas a punto de ser arquitecto. Unos oficios que podían servirnos de algo en Filadelfia y Nueva York, pero no en el Oeste. ¡Y tanto tú como yo, queríamos llegar hasta el borde de las Rocosas, para saber lo que era la libertad!

—Queríamos saber cómo era la libertad, y ahora resulta que estamos haciendo esfuerzos para entrar en la cárcel.

—Lo mejor sería intentar llegar hasta Nueva York.

—¿Tú sabes lo que cuesta el viaje?

—No, pero lo imagino. Una porrada de dólares.

—¿Los tienes tú?

—Toda mi fortuna asciende a veinte centavos. Si ahora tuviera revólver, no podría ni comprarme una bala.

—Al menos podíamos haber aprendido a jugar a los naipes. Hay mucha gente que sólo con eso se hace rica aquí.

—¡Pero si no sabemos distinguir un repóker de un trío de sietes! ¡Si la última vez que jugamos perdimos hasta la camisa!

—Podríamos intentarlo otra vez.

—¿Y qué apostaríamos? ¿La herencia de nuestro tío Jekyll, que fue el único que no nos desheredó?

—No sé por qué dices «nuestro tío Jekyll» —cortó Jim—, si solamente es tío tuyo.

—Recuerda que, cuando emprendimos esta nueva vida, acordamos poner todas nuestras cosas en común, incluso a los odiados parientes. De modo que tío Jekyll es tío de los dos, si no

tienes inconveniente.

—Ninguno, hombre, ninguno, pero ahora hay que ingeniárselas para que nos tengan en la cárcel, al menos los tres meses de invierno.

—Tengo una idea.

—¿Una idea tú? ¡Qué acontecimiento!

—¿No ves allí al *sheriff*?

—Sí, ¿y qué?

—Muy sencillo, voy y le atizo un tortazo, y luego tú lo echas del porche a la calle. ¿Qué sucederá?

—Elemental: que nos meterá en la cárcel a los dos y nos tendrá allí tres meses al menos. El *sheriff* es un tipo despistado, pero de malas pulgas. No perdona a nadie.

—Pues creo que hemos dado con el procedimiento indicado. ¡Vamos allá!

Y los dos amigos, muy decididos, balanceando los brazos, se dirigieron en línea recta hacia el *sheriff*.

Éste estaba quieto, dando rabiosas chupadas a una pipa que no quería tirar y tenía un aspecto más enfurruñado que nunca.

Len se detuvo a unos cinco pasos de él.

Respiró con fuerza, tomó impulso y gritó:

—¡Allá voy *sheriff*! ¡Prepárese!

Saltó ágilmente los cinco pasos que le separaban del de la estrella y le propinó un bofetón que resonó en toda la calle, haciéndole dar dos vueltas sobre las tablas del porche.

En ese momento, viniendo desde la acera contraria, sonó un disparo y una bala de rifle se clavó en la fachada de la más cercana casa, pero Len ni siquiera le prestó atención.

Jim, que venía lanzado, levantó rapidísimamente al *sheriff*, que aún rodaba sobre las tablas, y con las dos manos lo empujó como un tronco hasta hacerlo rodar desde el porche al polvo de la calle.

Justo en ese instante, dos balas de rifle más se clavaron en las tablas del porche.

Vieron que, en la acera contraria, un tipo con un «Winchester» se disponía de nuevo a parapetarse tras la baranda, después de haber fallado los tres disparos que acababa de hacer.

Al ver a aquel individuo, Len y Jim se quedaron con la boca abierta.

El *sheriff*, que era un tirador de categoría, se revolvió en el suelo, sacó su «Colt» con un movimiento centelleante e hizo un solo disparo.

El del «Winchester» se quedó tieso, paralizado, y de pronto se empezó a formar un botón rojo en el centro de su frente.

Lanzó un breve grito y cayó muerto.

Len dijo:

—Bueno, esto le habrá puesto de peor humor, aún. Seguro que nos encierra.

Pero Jim gruñó:

—No sé por qué me parece que esto también nos ha salido mal.

Acababa de ver la cara radiante del *sheriff*, al levantarse, se había vuelto hacia ellos.

—¡Genial! —gritó el representante de la Ley—. Nunca he visto una cosa tan bien hecha y con tanta rapidez. Su maravillosa decisión me ha salvado la vida. ¡Pero qué ojo tienen ustedes! ¿Cómo han podido ver que Kastell estaba parapetado y que iba a acribillarme con su rifle?

Jim quiso reír, pero sólo le salió una risita de conejo.

—¡Huy! Si supiera usted la vista que tenemos, *sheriff*, se asombraría. Donde ponemos el ojo, ponemos la plancha.

—Querrá decir la bala.

—Yo sé lo que me digo.

Len, quien no lo consideraba todo perdido, insistió:

—Pero de todos modos, usted tiene motivos para estar enfadado, *sheriff*: Le hemos atizado muy fuerte.

—¡Qué cosas tienen ustedes! Lo que más me gusta es su buen humor, amigos. ¿Creen que, si llegan a empujarme con un dedito, me hubieran sacado tan velozmente de la línea de tiro? ¡Ni hablar! Hacía falta un sopapo como el que me han dado, un sopapo que me hiciera rodar por el porche. No saben ustedes lo traidorzuelo que era Kastell y lo bien que tiraba.

—Pero, verá, *sheriff*, nosotros…

—Sí, sí, ya sé lo que van a decirme, que no necesitan ninguna recompensa en metálico porque son ricos. De acuerdo, yo mismo comprendo que darles dinero sería casi una ofensa.

—Bueno, nosotros no nos ofendemos… —susurró Len—. ¡Si supiera! Tenemos muy buen carácter.

—La modestia brilla en sus palabras —gritó el *sheriff*, contento al ver que la gente iba apiñándose a su alrededor—. No les molestaré con una recompensa en metálico, que sería lo adecuado para otras personas menos distinguidas, pero sí les prometo que, ocurra lo que ocurra, ustedes no irán a la cárcel, mientras permanezcan dentro de los límites de esta ciudad. ¡Es lo menos que podemos hacer por dos auténticos caballeros!

Len y Jim sintieron que se les secaba la boca.

—Pero, *sheriff*, esto no es justo. Si nosotros cometemos un delito, deberíamos pagar por él.

—Es ridículo pensar que personas como ustedes, que ni siquiera llevan armas, pueden cometer un delito.

—Podríamos… ejem… podríamos entrar, por ejemplo, en el restaurante de la señorita Rickett, que es el mejor de la ciudad, y después de comer, negarnos a pagar la cuenta.

El *sheriff* lanzó una carcajada, que algunos de los testigos corearon rápidamente.

—¿Que ustedes se negarían a pagar la cuenta? ¡Pero si Julia, la heredera del hotel donde se hospedan, va asegurando por ahí que a ella han querido pagarle anticipadamente! No digan tonterías, caballeros, ni hablen de cosas que no pueden suceder.

—Todo es posible en el este mundo —dijo Jim, con una luz de esperanza en los ojos.

—¡Pues bien —gritó el *sheriff*, lanzando otra carcajada—, si cometen un delito tan idiota como ese del que están hablando, les meto en la cárcel sin remisión y no vuelven a salir hasta la próxima primavera! ¡Ufff! ¡Qué absurdo! ¡Pensar que ustedes puedan negarse a pagar una cuenta!

Len, casi con lágrimas de alegría en los ojos, musitó:

—Gracias, *sheriff*. ¡Qué bonita debe resultar la primavera, después de un invierno metidos en la cárcel!

—¡Eso no lo sabrán ustedes nunca!

Y lanzando otra carcajada, hizo un alegre saludo con el brazo, antes de dirigirse a la acera contraria, donde aún estaba el cadáver de Kastell, el que había intentado asesinarle, sin que nadie le hubiera hecho maldito caso.

El *sheriff* no podía negar que Denver se estaba convirtiendo en una ciudad divertida.

# CAPÍTULO VII

El hombre que se había presentado en la ciudad como juez Bunsen entró en el edificio del Banco Ganadero de Denver, y dio una fuerte palmada en la repisa que había frente a la ventanilla del cajero.

A éste le bailaron los lentes que sostenía sobre su nariz y miró hacia el recién llegado.

—¿Qué desea? ¡Oh, perdone, juez!

—¿Es que no me reconocía?

—Cualquiera conoce aquí al juez Bunsen, señor. Además, por cierto, recibimos su carta.

—A propósito de ella quisiera hablar con el director.

—Enseguida, enseguida: ¡Desde luego! Enseguida.

Deshaciéndose en reverencias, el cajero fue hacia una mesa que había al fondo, y en la cual repasaba un balance un tipo calvo, de unos sesenta años. Al tipo por poco le crece el pelo de golpe al saber que el que estaba allí era el mismísimo juez Bunsen.

—¡Caramba! ¿Y a qué espera para hacerle pasar? ¡Dígale que entre enseguida en mi impresionante despacho, imbécil!

El impresionante despacho consistía en un cuartito donde los dos hombres tuvieron que entrar casi de costado, porque de lo contrario, se hubieran tenido que dejar los botones del traje en la puerta.

Eso sí, en la pared del fondo había una monumental caja de caudales cuyo interior debía ofrecer un magnífico aspecto.

El director del Banco Ganadero cruzó las manos sobre la mesa y dijo a su visitante:

—Vaya, vaya… ¿Qué le trae por aquí, juez? ¿A qué debemos el honor?

—Ustedes recibieron mi carta.

—¡Oh, por supuesto!

—Voy a instalarme en la ciudad, y eso origina gastos.

—Si lo sabré yo.

—En la carta decía que iba a necesitar un crédito de tres mil dólares y ustedes me lo concedieron inmediatamente.

—Es un honor. Estamos aquí para lo que usted guste mandar, juez.

—Pues entonces deme un crédito de cuatro mil.

El director del Banco carraspeó y la papada se le movió dos veces, pero al fin logró sonreír.

—Claro, juez, lo que usted pida. Usted es una persona solvente y conocida en todas partes.

—Celebro que vea las cosas de este modo.

—¿Y cómo he de verlas? Los directores generales del Banco me lincharían si supieran que he osado discutir mil dólares a una personalidad como usted. Todos nuestros fondos están a su disposición. Otra cosa sería si se tratase de su hermano, el cual me han dicho que tiene la cara más dura que el parachoques de una locomotora.

—Oh, sí. Es el garbanzo negro de la familia.

—Afortunadamente un tipo así no se atreverá nunca a entrar en un Banco honrado como éste.

—Desde luego que no.

—Voy a darle sus cuatro mil dólares, juez. ¿Cómo los quiere? ¿En billetes grandes?

—Desde luego. Una persona de mi categoría no puede andar por ahí con los bolsillos llenos de billetes pequeños.

El director del Banco extrajo del cajón central de su mesa ocho de quinientos y luego extendió un recibo que puso a la firma de su visitante.

—Sírvase, señor juez.

Bunsen firmó y luego guardó los billetes. Dirigió una amable sonrisa al director del Banco.

—Lleva usted un chaleco maravilloso, director. Ese gris floreado le sienta maravillosamente.

—¿Cómo dice?

—Digo que ese gris floreado le sienta de rechupete. ¿Por qué se extraña? ¿No se lo habían dicho nunca?

—No, porque se da la casualidad de que este chaleco es verde.

Bunsen tragó saliva dos veces.

Luego intentó reír, pero le salió una risa de caballo.

—¡Qué barbaridad! ¿Cómo he podido confundirme en una cosa así? ¡Si se ve a la legua que ese chaleco es rojo!

Al director del Banco se le movió ahora la papada cuatro o cinco veces seguidas.

—Se equivoca usted nuevamente. No lo entiendo. Le he dicho ya que este chaleco es verde.

—¡Verde! ¡Claro que sí! ¡Verde! Es que yo soy un bromista, ¿sabe? Me gusta de vez en cuando desorientar a la gente con cosas así. En resumen, lo que he querido decirle es que lleva usted un magnífico chaleco, digno del elevadísimo cargo que ostenta.

El director runruneó satisfecho.

—Ojalá todo el mundo pensara como usted, juez. Los accionistas de la compañía no me dan tanta importancia.

—Es que cuando uno tiene un empleado de alta categoría, no se da cuenta de lo que vale hasta lo que pierde.

—¡Ojalá llegase usted a hablar algún día con el director general, señor Bunsen!

—No tardaré en hacerlo, amigo mío, y entonces le pondré a usted, con muchísimo gusto, en el lugar que merece.

—Le quedo muy agradecido, señor juez. Y ya sabe que estoy a su entera disposición.

—Tomo buena nota de ello, señor director. Si mis gastos de instalación en esta carísima ciudad de Denver resultan muy elevados, tendré mucho gusto en solicitar de usted una nueva ampliación del préstamo.

—Y yo se lo concederé con muchísimo gusto. También, siempre que me lo confirme el Consejo de Administración.

Ahora al que se le torció la boca fue a Bunsen, pero logró disimularlo muy bien.

—Hasta pronto, señor director.

—Hasta pronto, señor juez. Pero, antes de marcharse, fírmeme, por favor, este otro recibo. Acredita la cantidad que usted se lleva para el conforme de caja.

—Con mucho gusto.

Bunsen estampó su firma, se aseguró bien de que llevaba el

dinero en sus bolsillos y salió del despacho pomposamente, como si acabaran de nombrarle presidente de los Estados Unidos.

Fue al hotel y se instaló, pidiendo que le dieran la mejor habitación. Hasta aquel momento había ocupado una pieza muy modesta en el propio edificio del Juzgado, anexo a las instalaciones de la cárcel.

El hotelero tembló al ver a aquel tipo que había impuesto ya tantas penas de muerte.

—Le daremos lo que usted desee, señor. Como si quiere todo el piso para usted solo.

—Todo llegará, pero de momento me conformo con ser tratado a cuerpo de rey.

—En tal caso, el señor quedará satisfecho. Pondremos el máximo interés en servirle. ¿Quiere, por favor, subir al primer piso e instalarse en la habitación de cortinas rojas?

Bunsen dijo que sí, pero lo primero que hizo fue meterse en una habitación que tenía las cortinas verdes.

Dentro había una señora que se estaba desnudando, y el recién venido tuvo que emprender una hábil retirada estratégica, perseguido por corsés de ballenas, zapatos y otros objetos contundentes.

Al fin logró encontrar la habitación.

Se quitó la levita, probó la cama, y al notarla tan blanda y tan ancha, se quedó dormido como un niño.

Soñó con que el director del Banco le nombraba cajero y le daba plena libertad de acción en la caja fuerte.

Fue un sueño delicioso.

Desde un edificio cercano al hotel, situado casi exactamente frente al mismo, tres hombres habían sido testigos de la llegada de Bunsen.

Aquellos hombres tenían tres nombres bien sencillos y fáciles de recordar.

Jeremy.

Fulton.

York.

Los tres llevaban sus camisas de un color indefinible, sus pantalones tejanos y sus sudados sombreros. Fuera de los sombreros, las demás prendas estaban limpias, porque ellos mismos

las habían lavado en el río aquella mañana, secándolas rápidamente sobre unos matorrales, gracias al sol que aquel día pesaba sobre las cercanías de la capital.

Momentáneamente se habían instalado en el piso superior de un almacén que ocupaba un lugar privilegiado en la calle Principal de Denver. La parte baja de aquel almacén estaba ocupada eternamente por cajones de mercancías, y en ella había bastante movimiento. En cambio, la planta superior sólo era empleada para guardar envases vacíos, y casi nadie entraba nunca en ella. Era muy fácil ocultarse allí, y los tres pistoleros aprovechaban el local para pasar las noches. Al amanecer saltaban por una ventana empleada en la descarga de mercancías y merodeaban con sus caballos por la comarca, siempre cerca del rancho de Katty Farrell. Alimentos los había a montones en la planta inferior, y sólo necesitaban sacar algunas pequeñas cantidades cada noche.

La situación hubiera podido prolongarse mucho tiempo, y los tres hombres se sentían seguros allí. Pero por nada del mundo pensaban pasarse ocultos en Denver toda la vida.

Jeremy gruñó:

—¿Habéis visto al juez?

En realidad era eso lo único que les preocupaba: La presencia en la ciudad de un tipo tan implacable como el juez Bunsen.

—Sí —dijo Fulton—. Ha entrado en la ciudad como si fuera el rey, o poco menos.

—¿Creéis que ese tipo condena a muerte a tanta gente como dicen?

—Tiene pinta de no detenerse ante nada.

—Tenemos mala suerte —gruñó York—, pero lo peor es lo que ha ocurrido con el *sheriff*. Ahora podría estar muerto, y la ciudad prácticamente no tendría Ley.

—Te refieres a lo de ese imbécil que quería apiolarle con su rifle, ¿verdad?

—Justo. Yo le conocía. Se llamaba Kastell.

—Estaba a matar con el *sheriff* porque éste le había tenido encerrado varios meses.

—Pudo haberle liquidado. ¡Y aquellos dos tipos lo han impedido! ¡Nunca he visto a dos fulanos moverse tan perfectamente para salvar a otro!

—Pues a mí —dijo Jeremy— me ha dado la sensación de que también iban a cargarse al *sheriff*.

—¡No digas tonterías! ¡Le han salvado!

—Que lo han salvado, sea por la causa que fuere, es evidente. Y ahora nuestra situación se ha complicado un poco.

—¿Por qué?

—La llegada del juez Bunsen ha reforzado la posición de la Ley —recapituló Jeremy—. Al decir eso, quiero significar que una mujer como Katty Farrell, que hasta hace poco debía sentirse desamparada, se sentirá ahora mucho más segura. Nuestro trabajo será ahora más difícil y para simplificarlo, propongo que hagamos dos cosas.

—¿Qué cosas? —preguntaron los otros.

—La primera, no llamar tanto la atención con unas ropas como las nuestras, que conoce ya todo el mundo, y la segunda, preparar un atentado en regla contra el juez Bunsen. Disponiendo de esta ventana y de buenos revólveres, no será difícil.

—¿Cómo vamos a desprendernos de nuestras ropas? —preguntó Fulton.

Jeremy señaló el suelo, queriendo significar que lo que iba a decir se refería al piso inferior.

—He descubierto abajo un pequeño armario —dijo.

—¿Un armario de qué?

—De ropa. Por lo visto, los dueños del almacén guardan trajes ahí abajo, quizá para vestir de otro modo cuando se van de matute a echar una cana al aire, sin que sus mujeres lo sepan. Hay al menos cinco trajes, pero tres de ellos nos vienen bien.

—¿Crees que con eso correremos menos peligros mientras estemos en Denver?

—Estoy seguro.

—Pues entonces, al anochecer nos cambiaremos —decidió Fulton—. Nos convertiremos en unos caballeros por todo lo alto.

Siguieron observando por la ventana, pero ya el juez no volvió a salir del hotel.

Ellos ignoraban que estaba soñando con los billetes guardados en la caja fuerte.

En aquel momento, otros dos hombres deambulaban preocupados por la ciudad, sin saber qué decisión tomar.

No hace falta gastar demasiado papel para presentarlos de nuevo. Eran Len y Jim, los dos caballeros ricachones con menos dinero que un mendigo de las montañas Rocosas.

Precisamente Jim, con las manos en los bolsillos, estaba sumido en las más amargas reflexiones.

—Esto no tiene remedio —decía.

—¿Por qué no buscamos empleo en un rancho?

—¿Y crees que en un rancho se puede trabajar sin tener experiencia? ¿Qué sabes tú de eso?

—Podemos aprender…

Jim pareció reconsiderar la cuestión.

Había pensado en ello muchas veces, pero siempre se encontraba en el mismo obstáculo.

—No podemos pedir trabajo yendo vestidos de esta manera —decidió.

—¿Y por qué no compramos ropas sencillas?

—¿Con qué dinero?

—Podríamos pedir un préstamo a Julia, la hija del hotelero.

—¿Después de haber abonado ya nuestra cuenta? Ni lo pienses. Ello sería como vivir de las mujeres, aparte de que ella ya empieza a ser un loro.

Siguieron caminando durante unos momentos, hasta que Len decidió, haciendo un ampuloso gesto:

—Ya sé.

—¿Qué es lo que sabes, bendito de Dios?

—Podemos conseguir ropas más sencillas, y hacer que nos admitan en un rancho, yendo a un determinado sitio.

—A una tienda para robarla, ¿no?

—No. Ya te enseñaré. Vamos.

Caminaron por la calle Principal, que poco antes había sido testigo de su sensacional hazaña, al salvar al *sheriff*, y se detuvieron cerca del hotel.

Len señaló con el mentón, muy discretamente, el edificio que había casi enfrente.

—¿Ves ese almacén?

—Sí. ¿Y qué?

—Seguro que los que hacen carga y descarga tienen ahí dentro ropa de trabajo.

—¿Y la dejarán por la noche?

—Estoy convencido de ello.

—Entonces…

—Todo lo que tenemos que hacer, es entrar ahí y ponérnosla. Luego nos presentaremos en un rancho que no esté ni muy cerca ni muy lejos, y nos toman por unos vaqueros consumados.

—Pero esa gente se quedará sin ropa…

—Les dejaremos la nuestra. ¿Crees que saldrán perdiendo con el cambio?

—Realmente, es una solución bastante aceptable…

—Entonces, entramos al anochecer.

—Decidido.

Y cuando iban a alejarse de allí para no levantar sospechas, una voz dijo a sus espalas:

—Oigan, amigos.

Los dos se volvieron a la vez, como un solo hombre.

# CAPÍTULO VIII

Caso de tener revólveres, los hubieran sacado, porque aquella voz había sonado de un modo muy poco tranquilizador, pero ni Len ni Jim disponían de armas.

Al volverse, se encontraron con un tipo alto, más bien delgado, fuerte y joven, pero con una cara de asesino que tumbaba de espaldas.

Lo curioso era que no tenía una cara patibularia, sino más bien elegante. Pero la frialdad de sus ojos llegaba a helar la sangre en las venas de quien los miraba mucho rato.

Jim se dio cuenta de que aquel tipo iba bien vestido y no llevaba armas visibles, lo cual le tranquilizó.

—¿Qué quiere?

—Me he dirigido a ustedes porque son las únicas personas decentemente vestidas que he visto en la calle Principal de esta cochina ciudad.

—Se nota que es usted un hombre de gusto.

—Deseo hablar con ustedes. ¿Quieren que entremos en ese saloon?

—No tenemos costumbre de beber con desconocidos… ni invitarles —se apresuró a decir Len.

—Yo no soy un desconocido, o al menos no pienso serlo dentro de unos minutos. ¿Qué inconveniente hay en que les invite a un trago?

—Uno —dijo Jim.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Que no bebemos sin comer antes algo. Nos sienta mal.

—Muy bien, en ese caso, les invitaré a comer algo. Tiene gracia. Son ustedes un par de millonarios y hablan como si fuesen unos

muertos de hambre.

—Es que uno, en la vida, se lleva cada sorpresa que es como para caer sentado —sentenció Jim.

—Bueno, pues pasemos, si no tienen inconveniente.

Los tres se adentraron en el saloon, donde imperaba un ambiente magnífico, es decir, la gente bebía —y algunos comían— a más y mejor.

—¿Qué quieren ustedes?

—Dos buenas chuletas y dos buenas jarras de cerveza.

—¡Caray!

—Naturalmente, luego le invitaremos a usted —dijo Jim, temblando—. Esto es sólo para entrar en ambiente.

—No, no… Tengo mucho gusto en ser yo el que pague, puesto que al fin y al cabo voy a pedirles un favor. Se ve de sobras que son millonarios.

—En efecto —dijo Len, disciplente—, y nuestro tiempo es precioso. Usted dirá…

—Necesito que me ayuden.

—¿A qué?

El desconocido no pudo decirlo, porque en aquel momento se presentó el mozo y encargaron lo que deseaban.

Después de alejarse el mozo, los tres se inclinaron sobre la mesa, como unos conspiradores.

—Creo que sólo en ustedes puedo confiar —cuchicheó el desconocido—. Se nota a la legua que son unos caballeros.

—Desde luego. Tiene usted vista.

—Estoy en un apuro.

—¿Sí?

—Sólo unas personas sensatas y educadas como ustedes podrían escucharme. Sé que si voy al *sheriff* no me creerá, y es muy capaz de meterme en la cárcel.

—¿Por qué?

—Hay alguien en la ciudad que dice que soy yo.

—¡Caramba!

—¿Me han entendido?

—Ni jota.

—Sencillamente, tengo un hermano que tiene la cara más dura que los huesos de un bisonte, y se ha presentado aquí diciendo que

soy yo y ocupando mi puesto. Ya ha hecho incluso una estafa al Banco, según acabo de saber. ¡Y las que hará!

—¿Qué podemos hacer nosotros?

—Orientarme sobre cómo es la gente de esta ciudad y prepararme, en todo caso, una entrevista con el *sheriff*.

—¿Pero, por qué? ¿Qué hemos de decir a ese fulano de la estrella? ¿Quién es usted?

Y el desconocido, inflando el pecho, declaró:

—Soy el auténtico juez Bunsen.

## CAPÍTULO IX

Lo mismo Len que Jim quedaron un momento sin respiración, ante aquella declaración inesperada, pero al fin Len pensó que, si ellos eran unos embusteros, también podía serlo el tipo a quien tenían delante.

—¿Cómo sabremos que dice la verdad? —Gruñó—. ¿Cómo sabremos que usted es verdaderamente el juez Bunsen?

—Llevo documentos.

Y puso sobre la mesa un nombramiento en papel sellado que acababa de extraer de uno de sus bolsillos.

—Ese documento podría ser falso.

—¿Y mi cara? ¿También mi cara es falsa? ¿No basta mirarme para darse cuenta de que soy un tipo con una mala uva que corta la respiración?

Len y Jim le miraron.

Y se dieron cuenta de que sí, de que si aquel tipo no había matado a media humanidad, le faltaba muy poco.

—¿De modo que es el juez Bunsen? —preguntaron a la vez, un poco temblorosos, porque pensaron que a lo mejor aquel tipo los condena a muerte por no pagar el hotel.

—¡Justo! Acertaron.

—¿Y qué es lo que pretende?

—Desenmascarar al granuja de mi hermano, porque si no lo hago a tiempo se va a meter en el bolsillo a media ciudad de Denver. Saqueará el Banco, los almacenes y hasta los cepillos de limosnas de la iglesia.

—¿Y por qué no lo desenmascara de una vez? ¿Por qué no se presenta al *sheriff* y le cuenta lo mismo que nos ha contado a nosotros?

—Porque mi hermano es un comediante de primera categoría, y el *sheriff* es capaz de creerle a él y no a mí. Ya ven que mi nombramiento no lleva a ninguna clase de retrato. En este caso yo iría a parar a la cárcel y mi propio hermano sería capaz de condenarme a ocho años.

—¡Diantre! No diremos que no lo tenga bien merecido, en cierto modo. ¿Y qué piensa hacer?

—Ustedes me parecen los únicos caballeros que hay en esta maldita ciudad.

—Eso ya nos lo ha dicho, aunque no sabe hasta qué punto ha metido la pata, amigo. Bueno, ¿y qué?

—Quiero que me den alojamiento en su casa mientras me preparan una entrevista con el *sheriff*, tanteando su opinión, para que yo me presente ante él con menos riesgos. Mientras tanto, yo vigilaré al sinvergüenza de mi hermano, que por cierto se ha alojado en el hotel dándose más importancia que si fuera el presidente de los Estados Unidos.

Hizo una pausa y añadió:

—¿Cuál es su residencia, señores?

—¿Nuestra quéee…?

—Su palacio, su mansión… Quiero decir el lugar distinguido y señorial en donde habitan.

Jim sintió que unas gotas de sudor helado empezaban a resbalar por su frente. No se podía gastar bromas con un tipo como Bunsen, aunque de momento estuviera en un apuro.

De pronto Len tuvo una inspiración. Señaló el almacén que se distinguía desde las ventanas del saloon.

—Vivimos ahí, en el piso superior.

—¿En un almacén?

—Oh, por supuesto. El almacén es nuestro, y habitamos en el piso superior, mientras nos adornan nuestra suntuosa mansión. Los pintores los hemos hecho venir de Nueva York, los tapiceros de San Francisco, y hasta ha llegado un fontanero de Filadelfia.

Bunsen se quedó boquiabierto.

—¿Tendrían inconveniente en que yo viviese con ustedes solo un par de días, señores? —preguntó tímidamente.

—Oh, ninguno, salvo que…

—¿Qué?

Len había calculado que, si ahora ayudaban al juez, éste les ayudaría más tarde, cuando se descubriese todo el pastel que habían estado armando con sus deudas. Por eso dijo:

—Tendremos que vestir de otro modo, juez. Más sencillamente. Van a venir a vernos dentro de un par de días unas señoritas.

—¿Sí?

—Probablemente nos casaremos con ellas.

—¿Sí? Vaya, lo siento. Digo… Les felicito.

—Como es natural, no queremos que se casen con nosotros sólo porque somos millonarios.

—Deben querernos por nosotros mismos, deben creer que somos pobres —dijo Jim, que ya empezaba a darse cuenta del juego de su compañero.

—Y por tanto, nos vestiremos muy sencillamente.

—Estoy de acuerdo —dijo el juez—. Me parece una excelente idea.

En aquel momento vieron por la ventana que los empleados del almacén daban por terminado su trabajo y que sólo quedaba guardándolo un viejo borrachín, que muchas veces no sabía si estaba en un almacén o a bordo de un barco de cabotaje.

—Vamos —decidió Len.

Entraron en el almacén, en compañía del juez, dándose importancia. Como iban tan bien vestidos y además el borrachín había oído hablar que eran gente rica de la ciudad, no sólo les dejó pasar, sino que además les hizo una reverencia.

Debió pensar que iban a comprar el almacén y a él le nombrarían jefe de personal.

Acto seguido se largó del saloon a celebrarlo.

Los tres amigos, pues ya se les podía llamar así, subieron al piso superior, donde, cosa que de ningún modo esperaban, encontraron en el suelo tres jergones de paja.

¡Y tres equipos completos de vaquero, limpios y en buen uso!

Len farfulló al oído de Jim:

—¿Pero… pero quién habrá dejado eso ahí?

—Nuestra hada madrina.

—No digas animaladas, hombre.

—Bueno, las haya dejado quien las haya dejado, estas ropas están ahí y nos vienen que ni pintadas. Nos las ponemos y mañana

mismo podemos buscar trabajo en un rancho.

El juez miró de reojo aquellas prendas.

—¿Yo también tengo que ponerme eso?

—Como usted quiera. No está obligado.

—Yo hago lo que mis amigos hacen. Si ustedes se visten de vaquero, yo me visto de vaquero. Si se visten de vaca, yo me visto de vaca.

—Así se habla, amigo. Vamos a probarnos esto.

Las prendas les iban bien, porque debían corresponder a tres tipos (ellos aún no sabían quiénes eran) que tenían sus mismas medidas. Incluso Len observó:

—Tiene gracia. Somos dos rubios y uno moreno.

—Cierto. ¡Formamos un magnífico trío! —rió el juez, a quien la situación debía parecerle divertidísima—. ¡Salgamos a la calle!

Salieron, y apenas habían puesto el pie en las tablas del porche… ¡cuando el mundo entero pareció desplomarse sobre sus cabezas!

## CAPÍTULO X

El *sheriff* acababa de ver a aquellos tres tipos saliendo del almacén más importante de la calle Principal.

En el primer momento pensó que sufría una alucinación.

Luego estuvo a punto de lanzar un grito.

¡Iba a convertirse del golpe en el *sheriff* más famoso de todo Colorado!

Ni siquiera se dio cuenta de que aquellos tres tipos no llevaban armas. ¡Eran tres asesinos y estaban paseándose tranquilamente por las calles de su propia ciudad!

O ajustaban cuentas ahora, o no las ajustarían nunca.

Se puso a lanzar plomo como un torbellino, pero como estaba tan nervioso, por poco envía al valle de Josafat a siete señoras que iban a visitar en procesión al pastor de almas. Otro plomo entró en la barbería y cortó cabellos a un cliente, antes de que el barbero hubiese podido mover las tijeras.

Los tres tipos que el *sheriff* tenía enfrente, se movieron con velocidad de gamos. Ni uno solo estuvo en su sitio más de un par de segundos.

El juez atravesó la calle como un bólido, y entró en el hotel por una de las ventanas.

Jim saltó hacia atrás y entró en la barbería, quedando sentado en las rodillas de un cliente.

Len atravesó también la calle como un bólido, mientras el plomo aullaba a su alrededor, y entró por la puerta de la única casa de modas que había en la ciudad de Denver.

Aterrizó a los pies de una chica que estaba probándose un nuevo modelo de corsé recién llegado de Baltimore.

La chica le atizó un puntapié con su zapato de alto tacón, pero

Len ni llegó a enterarse.

El panorama era tan interesante, que no se hubiera dado cuenta ni aun en el caso de venírsele encima una locomotora.

La chica bramó:

—¿Qué hace aquí, sinvergüenza?

—Permita que me presente. Me llamo Len.

—¡Y yo me llamo Katty Farrell!

—Diablos, la del rancho.

—¿Qué rancho?

—He oído decir que tres individuos desalmados pretenden arrebatárselo. ¡Qué equivocados están, los pobres!

—¡Cierto! ¡No me lo arrebatarán nunca! ¡Están muy equivocados!

—No lo digo por eso.

—¿Por qué lo dice, entonces?

—Porque hace falta ser un rato imbécil para querer llevarse un rancho y no querer llevarse a la ranchera.

Katty Farrell le atizó otro taconazo que por poco deja tuerto a Len.

Y eso sí que supo mal al muchacho. Porque para ver lo que estaba viendo necesitaba los dos ojos.

—Cuente con mi protección, señorita Farrell.

—¡Y usted cuente con…!

Iba a propinarle un nuevo punterazo, éste al otro ojo, pero en aquel momento se interrumpió porque acababa de entrar en el saloncito una segunda muchacha.

Ésta también llevaba encima un corsé última creación y poca cosa más.

—¿Qué te parece, Katty? —empezó a decir.

De pronto lanzó un gritito y fue a alejarse, pero no pudo.

Alguien embistió con la cabeza contra la puerta e hizo saltar lo poco que de ésta quedaba. Aquel alguien era Jim, a quien seguía persiguiendo un huracán de plomo.

—¡Muchacho, estaba en la barbería, pero por poco me afeitan en seco! ¡Eh! ¿Qué es esto?

Acababa de ver a las dos mujeres y no podía creer que dos beldades semejantes se pudieran encontrar allí, en el Oeste central, donde el único artículo que las mujeres empleaban para

embellecerse, era la pólvora.

De pronto, Katty gritó:

—¡Vamos, June!

Y la otra aulló:

—¡Vamos, Katty!

Las dos muchachas desaparecieron como una exhalación. Vistas y no vistas. Jim y Len se quedaron boquiabiertos.

—¡Di… diablos!

En aquel momento un huracán de plomo penetró en la tienda, que era a la vez casa de modas y corsetería, haciendo polvo los cristales. Los dos amigos no encontraron sistema mejor que salir volando por el mismo sitio por donde habían salido las muchachas.

Encontraron una ventana y saltaron por ella.

Sus pies se hundieron en la tierra blanda de un pequeño prado donde había un pozo, una valla y un vejete que cargaba una pipa.

—¿Has visto a dos chicas, abuelo?

—Ujú.

—¿Y por dónde se han ido?

—Yo les he dicho que fueran a mí casa, pero por poco me rompen la crisma. Una de ellas era Katty Farrell.

—¿Y qué?

—Tiene mucho carácter. Es una mujer que nunca se da por vencida. Le juro que es la primera vez que la veo escapar.

—¿Y la otra chica? ¿Quién es la otra chica?

—Se llama June. Es nueva en la población.

—Pues yo creo que deberían haber declarado festivo el día en que llegó. Bueno, iremos al rancho de Katty Farrell, ya que las cosas se han puesto de esta manera. Ella no se negará a escucharnos, y a lo mejor hasta nos ayuda.

—Sí, yo creo que un buen puntapié nadie se lo quita, amigos —dijo el vejete.

—¿Y esa June? ¿Por qué está aquí?

—La trajo un agente de la Pinkerton llamado Dick.

—¡Vaya! ¡Qué suerte tiene el tal Dick!

—No lo crea. A ella la persiguen unos fulanos llamados Randall. Ahora son dos. La chica les parece guapa y piensan decírselo de cerca.

—¿Y Dick la ha tomado bajo su protección?

—Dick y Katty Farrell, puesto que la chica está viviendo en su rancho. Dick, el de la Agencia Pinkerton, tiene por misión proteger a las dos, contra los Randall y contra esos tres jinetes asesinos que han venido del Norte.

—Sí, también he oído hablar de esos tres jinetes —musitó Len.

Pero ni por asomo se le ocurrió pensar que, después del cambio de ropas, pudieran haberles confundido con ellos.

A todo esto, el tiroteo seguía en la calle Principal. El *sheriff* debía creer que la guerra entre el Norte y el Sur había estallado nuevamente.

—Vamos al rancho de Katty Farrell —decidió Jim.

Salieron a toda prisa y en las afueras de la población se encontraron con el juez Bunsen, que también iba disparado con la velocidad de un obús.

—¿Qué ha pasado, muchachos? ¿Por qué nos bombardean?

—Lo primero que hay que saber es quién lo hace. Yo no he visto nada. Al primer fogonazo me ha lanzado de cabeza contra lo que tenía más cerca.

—¡El que nos tiroteaba es el *sheriff*! —bramó Bunsen.

—¡No puede ser!

—¡Lo he visto con mis propios ojos! ¡Y creo adivinar por qué lo hace!

—¿Por qué?

—¡Mi hermano debe haberle dado la orden de que nos cace vivos o muertos! ¡Todo es culpa mía! ¡Yo les he comprometido a ustedes, muchachos!

—Esto habrá que aclararlo —dijo Jim—, pero no ahora. Ahora buscaremos pasar la noche en un sitio seguro.

—¿Cuál?

—El rancho de Katty Farrell.

—No sé quién es —gruñó el juez—, pero su nombre me gusta. ¡Vamos allá!

Y los tres salieron disparados, corriendo como gamos, siguiendo una senda, que por las huellas que presentaba, debía llevar al rancho más importante de la comarca, que no era otro que el de Katty.

Estaban bien lejos de imaginar que allí les aguardaba otra violenta sorpresa.

Katty y June habían saltado sobre el tílburi de la primera, que se hallaba estacionado en el recodo de la calle Principal. Para llegar hasta él no tuvieron que tropezarse con nadie, pues pudieron seguir por la línea irregular que formaban las partes posteriores de las casas.

Una vez allí, se pusieron sobre las rodillas las mantas de viaje que siempre iban debajo del asiento del carruaje.

Katty excitó al caballo.

—¡Hala, «León», hala! ¡Aprisa!

La verdad era que no entendía aún lo sucedido, e instintivamente sentía que el único sitio donde iba a encontrarse tranquila era en su propio rancho.

Pero cuando llegaron a sus inmediaciones, notó inmediatamente algo extraño.

No se veía a nadie.

—¿Han salido los hombres para el rodeo? —preguntó June.

—Sí, pero debían haber quedado aquí, al menos, un par de ellos. No comprendo cómo no se ve a nadie; hay orden de que, siempre que se acerque alguien al rancho, sea quien fuere, salga a recibirle un vigilante con un rifle.

A pesar de estas palabras de Katty, la soledad y el silencio seguían siendo absolutos.

—Algo me dice que deberíamos volver grupas —suspiró Katty—. Algo me está aconsejando que vayamos a pedir ayuda a Denver…

—¿Vestidas así? —musitó June.

No, no podían volver a Denver vestidas poco más que con un corsé. Aquellos dos imbéciles las habían sorprendido en el peor momento. Una mujer desnuda está más desamparada que un hombre sin armas en medio de una jauría de tigres, y ambas lo sabían.

No les quedaba más remedio que seguir adelante.

Dominadas por un sentimiento aprensivo que no querían confesar en voz alta, las dos mujeres se apearon del carruaje junto a la gran puerta de las cuadras. Tampoco se veía a nadie por allí.

June susurró:

—¿Y Dick? ¿No tenía que estar aquí Dick, ese detective de la agencia Pinkerton?

—Desde luego… No comprendo para qué puede haberse ido.

Después de su herida estaba aquí para reposar. No puede llegar demasiado lejos…

Pero Dick, el detective que Katty había contratado para defender su rancho y detener a sus enemigos, si era posible, no se había ido.

Por el contrario, estaba allí. Se había quedado allí para siempre.

Las dos muchachas lo vieron junto a la puerta de la cuadra, con las manos crispadas a la altura del corazón, sobre una intensa mancha roja que empapaba su camisa.

La sangre ya había dejado de brotar. Hacía al menos media hora que Dick estaba muerto.

June ahogó un grito, llevándose ambas manos a la boca, mientras Katty sentía que sus rodillas le fallaban y su rostro se volvía pálido como la cera.

Justamente aquel día, al estar sus hombres ocupados con el rodeo, no quedaba nadie en el rancho. Y los salteadores fuesen quienes fueran, habían sabido aprovechar aquella circunstancia.

Claro que Katty ya se imaginaba quiénes podían ser.

Por eso no se sorprendió al ver aparecer a aquellos hombres, por el recodo del edificio principal del rancho.

Los tres jinetes del Norte vestían ahora elegantemente, como unos auténticos caballeros, y llevaban revólveres en sus manos. Pero no fue eso lo que más inquietó a Katty y a June.

Lo que las horrorizó fue que ahora ya no se trataba de tres, sino de cinco hombres.

Porque los dos hermanos Randall se habían unido a ellos. Los dos hermanos que jamás perdonaban a una mujer cuando la deseaban de verdad.

# CAPÍTULO XI

¡Y ahora estaban solas en un rancho poblado únicamente por un puñado de muertos! ¡Ahora no podían escapar!

June vio que las miradas de los Randall sólo se dirigían a ella, olvidando por completo a Katty.

Jamás aquellos sádicos la habían visto tan hermosa. Jamás habían llegado a soñar, en sus negros delirios, que la muchacha llegaría a aparecer ante ellos tan bonita y tan deseable.

Aquellos delicados corsés no eran precisamente lo más adecuado para calmar los instintos de los tipos que ahora tenían enfrente, y las muchachas se dieron cuenta de ello.

Intentaron dar media vuelta y correr, pero ya era demasiado tarde.

¡Nunca podrían llegar hasta el tílburi que estaba junto a las cuadras! ¡Nunca podrían conseguir que el caballo arrancase antes de que aquellos asesinos lo llenaran de plomo!

Los Randall lanzaron a la vez una carcajada.

Se movían como un solo hombre, como un solo muñeco mecánico… ¡construido para aniquilar y para matar!

Antes de que June se diera cuenta, ya la estaban abrazando. ¡Y sentía sobre su piel el aliento miserable de sus bocas!

En cuanto a los tres jinetes llegados del Norte, no se habían movido apenas.

Sus rostros seguían indescifrables, sus revólveres seguían apuntando a Katty Farrell.

Fue Jeremy el único que abrió los labios para decir:

—Hemos dado buenos golpes a lo largo de nuestra vida, pero jamás habíamos conseguido apoderarnos de un rancho entero. Esto nos va a permitir retirarnos, Katty Farrell. Pero antes te retirarás tú,

preciosa…

Los revólveres de los tres hombres se alzaron suavemente y a la vez, como movidos por una sola mano.

El falso juez Bunsen, o sea el cara de piedra de su hermano, había decidido ir a la cárcel, después de echarse en el hotel una magnífica siesta.

En la cárcel estaba el *sheriff* quien engrasaba rabiosamente su revólver. Tenía cara de perro que se ha comido su propio collar, confundiéndolo con una longaniza.

—¿Qué le pasa, *sheriff*?

—¿Qué me va a pasar? Que he tenido a tiro de revólver a esos tres malditos jinetes del Norte y se me han escapado no sé todavía por dónde. ¿Pero por qué pregunta eso? ¿Quién es usted?

—Soy el juez Bunsen.

Al *sheriff* se le cayó el revólver al suelo, y allí se le disparó. Pero a pesar de que un plomo se le llevó la mitad de la espuela, él no se dio cuenta.

Sus ojos miraban atónitos a aquel que tenía fama de ser el juez más severo de todo el Oeste.

—Ca… caramba —gruñó.

—Quisiera ver a los presos.

—No me diga…

—Es ésa la obligación de un juez, ¿no?

—Bueno… ¡ejem! Le advierto que ninguno de ellos merece la condena a muerte.

—Hum, hum… Ya lo veremos —dijo el falso juez con expresión adusta—. Ya sabe que algunos delitos pueden juzgarse en este territorio sin necesidad de jurado, ¿verdad?

—Bue… Bueno… Pero le advierto que no tengo aquí ninguna soga, juez. Sintiéndolo mucho, no creo que pueda ahorcar a nadie.

—Eso se arregla fácilmente. ¡Se puede hacer una cuerda para ahorcar incluso con una sábana!

Después de tan caritativa frase, el falso juez Bunsen abrió la puerta que comunicaba con el departamento de las celdas y se encaró con los tres tipos que estaban encerrados en ellas.

Los tres eran cuatreros, de modo que podían ser colgados sin grandes requisitos. Eso lo sabía el *sheriff*, quien entró tras el juez arrastrando las botas y sintiendo que la camisa no le tocaba la piel.

—¡Soy el juez Bunsen! —clamó, de buenas a primeras, el recién venido.

Los tres presos dieron a la vez un brinco.

—¡Yo quiero confesarme! —aulló el primero.

—¡Antes de que me cuelguen, tengo derecho a una última cena con champaña y un cigarro habano! —gritó el segundo.

El tercero farfulló:

—¡Yo quiero escribir a mí madre una última carta!

El *sheriff* abrió los brazos con gestos de desaliento.

—¡Hijos míos, no puedo hacer nada por vosotros! ¡Ya veis quién acaba de llegar a Den ver!

El falso juez Bunsen hizo un gesto como si se atusara un bigote que no tenía.

—Vamos a ver, vamos a ver… —contempló al primero—. ¿Tú de qué estás acusado, pedazo de carcamal?

—De robar caballos.

—¿Para qué?

—Para comérmelos si le parece, so bestia.

—Muy bien… ¡Asunto juzgado! —Se volvió hacia el segundo—. ¿Y tú?

—Yo he robado más manadas de carneros que muertos tiene usted sobre su conciencia, juez.

—Pues entonces vas listo. De modo que confiesas tu delito, ¿eh? Vamos a ver… ¿y tú? —Se volvió hacia el tercero—. ¿Por qué estás tú aquí, angelito?

—Yo ayudaba a mí compañero.

—¿Al de los caballos o al de los carneros?

—Al de los carneros.

—Bueno, entonces es diferente. Los carneros son más pequeños y por lo tanto, el delito es menor. ¿Queréis que os defienda un abogado o puedo dictar ya sentencia?

—¿Para qué queremos un abogado, si nos va a condenar igual?

—Claro, claro… Veo que sois unos chicos razonables. Entonces vamos allá. Quedáis condenados a…

Los tres presos contuvieron la respiración. El *sheriff* sentía que se le había secado la saliva en la boca.

—… ¡Quedáis condenados a salir volando de la población! —gritó el falso juez Bunsen—. ¡Ábrales enseguida la puerta, *sheriff*! ¡Y

págueles pasaje en la diligencia, no sea que a esos buenos muchachos se les ocurra robar un caballo para largarse antes!

El *sheriff* tenía la boca abierta.

Se sentía tan asombrado, que en lugar de meter la llave por la cerradura, por poco la mete por el ojo izquierdo de uno de los presos.

Cuando éstos salieron, juraron que votarían la candidatura del juez Bunsen en las próximas elecciones para la presidencia de los Estados Unidos. Pero se largaron volando de allí, no fuese que aquel tipo se arrepintiese.

Cuando el falso juez y el atolondrado *sheriff* quedaron solos, el de la estrella farfulló:

—¿Usted es el terrible juez?

—No lo sabe bien, amigo. Mi severidad no tiene límites. Pienso cargarme a media ciudad de Denver.

—¿Pues por qué no empieza por los tres jinetes del Norte?

—¿Tres jinetes del Norte? ¿Dónde están?

—Hace muy poco se encontraban en la población. Por poco los liquido con mi infalible puntería.

—¿Y dónde cree que puedo encontrarlos ahora? ¡Ya tengo ganas de hacer ahorcar a alguien!

—Pues… —el *sheriff* se dio una palmada en la frente—. ¡Diablos, se me tenía que haber ocurrido antes! ¡Seguro que han ido al rancho de Katty Farrell! ¡Querían eliminarla y apoderarse de sus tierras! ¡El mejor golpe que esos tipos habrían dado en su vida!

—¿Pero cómo se concibe que alguien pueda apoderarse por las buenas de un rancho en una ciudad como Denver?

—Pues, ¡muy sencillo! ¡Estoy seguro de que, antes de liquidarla, harán firmar a Katty un documento de venta que luego nadie se atreverá a discutir! ¡Y por eso contrató a un polizonte de la Agencia Pinkerton llamado Dick!

El falso juez Bunsen se rascó parsimoniosamente la nariz, lo cual era en él síntoma de que estaba muy pensativo.

Se iba dando cuenta de que quizá, si se presentaba en rancho Farrell y decía a Katty que él iba a ofrecerle toda la protección de la Ley, a lo mejor sacaba una tajada de dos o tres mil dólares.

Y ésa era una oportunidad que él no estaba dispuesto a perder. De modo que le quitó el revólver al *sheriff*, se lo puso entre la

camisa y el pantalón y gritó, como si fuese a dirigir una carga de caballería:

—¡Adelante…!

—¿Voy con usted? —preguntó el de la estrella, quien aún no sabía qué infiernos pensar.

—No, amigo, voy solo —dijo el falso juez—. Usted, con su infalible puntería, debe quedarse en la ciudad de Denver guardando el orden y la Ley. Si ve a los tres jinetes del Norte, dispare contra ellos con su infalible puntería, pero cuide de no matar a algún transeúnte despistado que pase a cuatro millas de allí. Yo me voy a proteger a esa muchacha, a esa tal Katty Farrell. Le cobraré barato. ¡Abur!

Y salió de allí más aprisa que si le persiguiera una manada de bisontes.

# CAPÍTULO XII

Los hermanos Randall habían logrado derribar al suelo a June. Los dos maniáticos estrujaban materialmente a la muchacha, ante los gritos de impotencia de Katty y la sonrisa complacida de Jeremy, Fulton y York, a los que la situación parecía divertir realmente.

De pronto, una bala silbó sobre sus cabezas.

Los tres se arrojaron inmediatamente a tierra, como un solo hombre, mientras los hermanos Randall soltaban a su presa para extraer los revólveres inmediatamente.

Vieron a tres individuos, vestidos de modo exactamente igual, que se acercaban corriendo.

Jeremy, Fulton y York parpadearon asombrados, negándose a creer lo que estaban viendo.

¡A aquella distancia hubieran jurado que los tres que se acercaban eran ellos mismos!

Dos rubios y uno moreno, vestidos con sus ropas y empuñando cada uno de ellos un revólver.

Aún no sabían que aquellos revólveres procedían de los cadáveres de los empleados del rancho que ellos habían asesinado poco antes, dejándolos en las cercanías.

A pesar de su asombro, comprendieron que aquél no era momento para estarse parados, y por consiguiente, no perdieron un segundo. Extrajeron sus armas y tiraron a matar.

Pero los tres recién venidos tampoco eran tontos. Pareció como si, bruscamente, se los hubiera tragado la tierra. Se habían parapetado tras algunos carros diseminados frente al rancho y desde allí enviaban fuego graneado aunque no debían ir sobrados de municiones.

Los tres norteños no tuvieron más remedio que parapetarse

también. Uno de los Randall fue a imitarlos, y una bala le alcanzó en mitad de la cabeza.

Lanzó un rugido gutural, como el de un lobo herido, y pareció quedar materialmente empotrado en una de las paredes del edificio desde la que fue resbalando al suelo lentamente.

El juez Bunsen, que era el que le había acertado, sopló en el cañón de su revólver.

—¡Sentencia cumplida! —bramó—. ¡A por otro!

Jim, entretanto, se había dado cuenta de que podían faltarles las municiones, pues no llevaban más que los tambores de sus revólveres, y decidió hacer algo. Desde su escondite, podía ver el cadáver de Dick, parcialmente cubierto por la puerta de la cuadra. Fue hacia él en zigzag, mientras sus compañeros hacían fuego para cubrirle.

Sus disparos eran tan certeros, que ninguno de los cuatro tipos que tenían enfrente se atrevió a hacer un solo movimiento.

Jeremy, con el rostro pegado al suelo, farfulló a Fulton, que era el situado más cerca:

—¿Crees que esos tipos son sólo tres?

—¿Por qué?

—No sé, vienen demasiado decididos…

—¿Quieres decir que…?

—Exactamente. O son unos chiflados, o están encargados de entretenernos mientras unos amigos suyos nos acribillan por la espalda.

Aquél sólo pensamiento hizo que los cuatro hombres se estremecieran a la vez, como si tuviesen un solo cuerpo.

—Hay que largarse de aquí.

—Cuanto antes.

—¿Adonde?

—De momento, a Denver. Luego, ya veremos.

York fue a disparar contra las dos muchachas antes de emprender la retirada, pero lo mismo Katty que June habían podido penetrar en el rancho, poniéndose a cubierto por el momento. Ninguno de los cuatro facinerosos se atrevió a seguirlas.

Retrocediendo como gatos, sin dejar de disparar, lograron llegar a un recodo del edificio, tras el que tenían sus caballos, y saltaron sobre ellos. En aquel momento, notaron que sus enemigos dejaban

de disparar.

Sin duda se acercaban corriendo para perseguirlos. No querían dejar escapar su presa.

Esta idea les hizo convencerse más aún de que no eran perseguidos por sólo tres hombres, sino por una auténtica patrulla. Picaron espuelas y salieron al galope, como si sintieran sobre sus nucas el aliento del mismísimo diablo.

Y, en efecto, una especie de diablo era ahora el juez Bunsen, quien después de haber despachado a un granuja con su primera bala, pensaba —y deseaba— acabar con la Humanidad.

Penetró en las cuadras como un poseso, montó en el primer caballo que pudo hallar y, puesto que iba vestido de vaquero, las ropas no le estorbaban y no tuvo dificultad alguna para lanzarse a un rabioso galope.

Los cuatro hombres estaban a no demasiada distancia, y el juez calculó que podría alcanzarlos.

Jamás había sentido tantos deseos de administrar justicia directa y rápida. Jamás había sentido con tanta intensidad y tanto orgullo que él era el juez supremo e inapelable de la ciudad de Denver.

Len, desde la esquina de la cuadra, bramó:

—¡No sea imbécil, juez! ¡Ellos son cuatro! ¡Son cuatro asesinos!

Pero Bunsen ya no le oía; y la verdad era que tampoco tenía el menor interés en oírle.

Los cuatro jinetes se dieron cuenta de que les seguía un solo hombre. Inmediatamente pensaron que los otros debían haberse quedado para ayudar a las muchachas. Pensaron también que, puesto que era un solo hombre el que los perseguía, allí no había ninguna encerrona.

Sin dejar de huir, porque se sentían más seguros en la ciudad de Denver que en mitad de la llanura, hicieron que sus caballos aminoraran el galope. De este modo su perseguidor pronto los tuvo a tiro, y naturalmente, estuvo también a tiro de los revólveres de los fugitivos.

Jamás había visto a un hombre tan obstinado y tan poco prudente como aquél. Iba a meterse él mismo en la boca del lobo.

De pronto, los cuatro jinetes se volvieron.

Sus ojos brillaban como llamas. Y en los cañones de sus revólveres brillaron las llamas también.

El juez Bunsen lanzó un grito.

No fue al percibir el silbido de las balas, que habían salido ligeramente desviadas, sino porque alguien saltó sobre él, como si acabara de brotar de la tierra.

Hasta que rodó por el suelo no se dio cuenta el juez de que era su hermano, el cual se había ocultado en unos matorrales contiguos a la senda. Su intención era bien clara. Al arrojarle del caballo le había salvado la vida. La segunda andanada de los cuatro asesinos salió también ligeramente tita.

El juez bramó:

—Pero ¿qué haces, imbécil?

—Salvarte la vida, carcamal.

—¿Tú a mí?

—Hasta un sinvergüenza puede servir para algo, ¿no?

Los cuatro jinetes se habían dado cuenta de la situación.

Volvían grupas, llevando en las manos sus revólveres humeantes.

El juez Bunsen se dio cuenta de que aquello era el final. Quiso morir de pie.

—¡Aparta!

Pero su hermano no se lo consintió. Se puso delante.

—Tu vida es más necesaria que la mía, muchacho.

En aquel momento, desde el rancho, Jim también se había dado cuenta de la situación, a pesar de la distancia y de ser casi de noche. No estaba dispuesto a tolerar que se cometieran impunemente dos asesinatos más.

Ya no podía llegar hasta los jinetes, pero al menos podía intentar cazarlos con el arma que llevaba entre las manos. Aquel arma la había encontrado en el vestíbulo del rancho —donde por cierto estaba sin sentido un hombre al que Len trataba de reanimar ahora — y era un «Winchester» de repetición último modelo.

Disparó.

La bala se llevó el sombrero de la cabeza de Randall, que era el jinete situado más cerca. La impresión fue tan brusca, que el asesino estuvo a punto de perder el sentido. El juez y su hermano creyeron que eran atacados por la espalda. Se separaron unas pulgadas, mientras los tres jinetes del Norte disparaban a la vez contra el bulto que ambos formaban unos segundos antes.

El juez recibió el plomo en su pecho y su hermano quedó levemente herido en una cadera. Los dos rodaron por el suelo, lanzando a la vez un seco y breve grito.

Jim, desde el terreno del rancho, disparó otra vez. Los jinetes estaban a unas seiscientas yardas. Logró llevarse por delante media oreja derecha de Jeremy.

Éste aulló:

—¡Vamos! ¡Infiernos, larguémonos de aquí!

No volvieron a disparar contra los dos hombres caídos en el suelo, uno de los cuales se desangraba velozmente.

El falso juez levantó la cabeza del auténtico, del verdadero juez Bunsen. Hacía años, muchos años, que en sus ojos no brillaban las lágrimas, y sin embargo, ahora lloraba como un niño. Sus dedos temblorosos se enredaron entre los cabellos del moribundo.

—¡No debes morir! ¡Debieron matarme cien veces a mí! ¡Cien veces a mí…!

El juez Bunsen sonrió benévolamente por primera vez en su vida. No sabía bien por qué, pero se sentía lavado de sus culpas. Sentía como si ahora todo fuera más sencillo, más humano, más limpio. Ahora se daba cuenta de que la Ley, el único amor de su vida, no tenía quizá tanta importancia como una mano amiga.

—Siempre… valiste… más… que yo —farfulló—. Celebro… ser yo quien muera…

—No puedes decir eso… ¡No he sido más que un granuja! ¡Un granuja toda mi vida!

—Pero fuiste generoso mientras yo fui mezquino. Muchacho… Ciérrame los ojos tú… Hazlo tú por el amor de Dios… y que El me perdone.

Tuvo un último estremecimiento y quedó quieto, espantosamente quieto, sobre el polvillo blanco de la llanura. Su hermano, llorando aún, le cerró los ojos.

De pronto todo le parecía gris, oscuro siniestro. Le parecía como si la vida, de entonces en adelante, ya no valiera la pena de ser vivida.

Una sombra alta se proyectó sobre su cabeza, recortada por la luna naciente. Bunsen, el único que ahora quedaba vivo, alzó la cara.

Hasta entonces no se había dado cuenta de que un jinete había

llegado hasta allí. Aquel jinete era Jim, en cuya mano derecha relucía el «Winchester» automático.

—Lo siento, muchacho —fue todo lo que pudo decir—. Tú eras su hermano, ¿verdad?

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto, cuando debieron terminar conmigo!

—Quizá tu hermano, en el fondo, deseara esa muerte. Su valentía le ha lavado de todos los errores que en otro tiempo pudo cometer. Le daremos sepultura entre los dos… —Descendió del caballo y pasó un brazo por los hombros abatidos de Bunsen—. Trata de olvidar… Todo el que pisa el Oeste está expuesto a esta especie de fin.

Bunsen se llevó una mano a los ojos. Sí, comprendía que tendría que olvidar… Tendría que olvidar, pero eso iba a ser lo más difícil de su vida entera.

—¿Qué ha ocurrido en el rancho? —Logró farfullar.

—Uno de los hombres que formaban ese grupo ha muerto. Tu hermano lo eliminó de un balazo en la cabeza.

—¿Pero no se había hablado de los tres jinetes del Norte? ¿Cómo es que luego fueron cinco?

—Se les unieron los Randall, dos auténticos maniáticos, que perseguían a una muchacha llamada June. Ella está en el rancho también.

Mientras hablaban, los dos hombres iban caminando hacia los edificios que se divisaban en la lejanía. Necesitaban herramientas para abrir la fosa del juez Bunsen, y sólo allí podían hallarlas.

—Oí decir que habían contratado a un detective de la Pinkerton para proteger el rancho —susurró el hermano del juez.

—Sí, pero ha muerto. Hemos encontrado su cadáver semioculto tras la puerta de las cuadras. Los otros tres hombres que quedaban vigilando el rancho habían sido asesinados también, uno de ellos por la espalda. Sólo hemos encontrado a una persona con vida, aunque inconsciente.

—¿Quién?

—Un hermano de Katty Farrell.

—¿Tenía ella un hermano? Yo llevo muy poco tiempo en Denver, pero se oían comentarios sobre ella en todos los rincones de la ciudad, por lo que no me ha quedado más remedio que enterarme. Y se decía que Katty Farrell vivía sola en el rancho.

—Cierto, su hermano vivía en San Francisco, pero vino a hacerle una visita. Y el tipo eligió un momento tan afortunado, que por poco se lo cargan. Le atizaron un culatazo y lo dejaron tendido. Sin duda creyeron que estaba muerto, porque de lo contrario, lo hubiesen baleado como a los otros.

—¿Qué tal tipo es? —preguntó Bunsen, deseando ante todo olvidarse de la muerte de su hermano.

—Un petimetre. No vale para nada. De esos tipos que creen que vestir una buena levita es lo principal en un hombre. Claro que… —añadió con pesadumbre—, hasta hace poco mi amigo Len y yo creíamos lo mismo. Es ahora cuando hemos empezado a aprender de verdad lo que cuesta ser un hombre.

Hizo un gesto, como si quisiera espantar sus pensamientos, y añadió:

—Voy a pedir a Katty y a June que vuelvan a Denver, pero nosotros también vamos a ir allí. Esta cuestión se resolverá en la ciudad… a ser posible esta misma noche.

—¿No les importa que vaya un sinvergüenza con ustedes? —preguntó humildemente Bunsen.

—¿Qué clase de sinvergüenza?

—Uno que tiene que devolver cuatro mil dólares y a quien, por lo demás, no le importa demasiado morir…

# CAPÍTULO XIII

Quedó decidido, cuando regresaron a Denver, ya vestidas las dos muchachas, que Katty se pasearía con su hermano por la calle Principal de la ciudad, para atraer a Jeremy, Fulton y York. Jim y Len estarían vigilando.

La muchacha y su hermano así lo hicieron.

Llegaban en ese instante al centro de la larga calle Principal. En los porches de uno y otro lado había poco movimiento, lo que, si no hubiesen sido novatos en cierto modo, en la población, les habría hecho suponer que los paseantes, habían olido algo buscando disimuladamente refugio. Sólo aquí y allá algunos tipos se apoyaban indolentemente en las columnas o fingían estar amarrando a sus caballos. Pat, el hermano de Katty, volvió un poco la cabeza.

—Ese tipo, Jim, va detrás de nosotros. Paseando, lentamente detrás de nosotros como una sombra.

—Piensa protegerme, pero además, tal vez se ha enamorado seriamente de mí —dijo la muchacha, sin que en su acento hubiese el menor tono de burla—. Y, por cierto, es uno de los hombres más interesantes que he visto en Denver.

—¡Cualquiera diría que tú también estás enamorada, Katty!

Era muy alto, bien constituido y más guapo de lo que suelen ser el término medio de los hombres. Vestía, además, con cierta elegancia sus ropas. Ese tipo, que no era otro sino el temible Jeremy, se acercó a ella, y sin ninguna clase de preámbulos, le estampó un beso en la boca.

—¡Es usted…! —chilló Katty.

Pero el hombre volvió a tratar de besarla. Y en ese momento intervino Jim, que caminaba a poca distancia.

Colocando las manos a la altura de los revólveres gritó:

—¡Suelte a esa mujer!

Jeremy la soltó. Era lo que esperaba. Había hecho aquello para que aparecieran los hombres a los que pensaba matar.

—Eres demasiado insignificante para defender a una dama, Jim. Te llamas así, ¿no?

—Lo sé. Toda mi vida no he sido más que un inútil presumido. Y por eso no se perderá gran cosa si tienes suerte y eres tú el que me atraviesa de un balazo. ¡Defiéndete!

Mientras hablaba, dio dos pasos hacia la izquierda a fin de situarse más hacia el centro de la calle y evitar que Katty quedase en la línea de tiro. La muchacha, asombrada por la rapidez de los acontecimientos, no se había movido, pero, en cambio su hermano gateaba por el polvo al darse cuenta de que aquello iba en serio buscando esquivar la posible trayectoria de las balas.

—Estamos a una distancia conveniente, Jeremy. ¡Saca!

Como Jeremy había supuesto, Jim no advirtió que aquello era una trampa, y que varios enemigos le acechaban desde los cercanos porches. Para él sólo existía Jeremy, que se había atrevido a besar a Katty.

—¡Al suelo, muchacho! ¡Al suelo! —gritó una voz.

La voz había partido de uno de los porches. Jim reconoció en ella a la de Len, y se arrojó a tierra, mientras dos balas aullaban por encima de su cabeza. Jeremy lanzó una maldición.

—¡Acribilladle!

La orden había sido dirigida al último de los Randall, el más próximo a él. Éste bajó su «Colt» un poco, para hacer blanco seguro. Pero no llegó a apretar el gatillo. Una bala disparada desde la izquierda le atravesó la cabeza. ¡La batalla que habían buscado los dos amigos acababa de empezar!

Jeremy era el que estaba en mejor situación para acabar con Jim, pero ateniéndose al plan que habían preparado, corrió a buscar cobijo apenas la calma de la noche se vio estremecida por el primer disparo. En pie, frente a su enemigo, era un blanco demasiado seguro para éste, aunque le hiriera mortalmente.

De todos modos y aun fracasada la sorpresa, la situación de Jim era en extremo crítica, rozando lo desesperado. Se hallaba en el suelo, rodeado de enemigos y sin tiempo material para llegar a los

porches de los lados de la calle, donde hubiera hallado un refugio más o menos seguro. Jim se dio cuenta de esto y por ello pensó que lo mejor sería ponerse a rezar.

Pero su amigo Len estaba cerca. Y se le ocurrió hacer una cosa que no le habían enseñado en la Universidad ni en ninguna otra parte.

La calle principal no era completamente llana, sino que tenía una pendiente bastante pronunciada en aquel sector. Y Len vio que cerca de él había una gran carreta afianzada por dos piedras.

Fue todo cuestión de segundos. Mientras disparaba contra los porches, tratando de concentrar sobre él a toda costa la atención de sus enemigos, saltaba hacia el carro y daba dos puntapiés a las piedras. Debido a la rapidez de su actuación, él mismo tuvo que tenderse, colocándose entre las dos ruedas, para no ser arrollado. Y el carromato, rugiendo y dando saltos, se precipitó calle abajo.

En aquel momento, dos balas se habían estrellado en el polvo, junto a Jim, y otra le había rozado una cadera. Estaba tan seguro de ir a morir, que cuando vio el carro avanzando a velocidad vertiginosa hacia él, casi no pudo creerlo.

Dueño de una agilidad endiablada, Jim no necesitó que nadie le dijese lo que tenía que hacer. En el momento de pasar el carro sobre él, quedando su cuerpo entre las ruedas, se sujetó a las ballestas. Jeremy lanzó un rugido.

—¡Acribilladle!

Pero ya era demasiado tarde para cazar a Jim, que volaba calle abajo sujeto bajo el carro. Jeremy se quedó pensando dónde cuernos habían enseñado a aquel tipo a ser tan endiabladamente ágil.

Pero la desaparición de Jim dejó a Len sólo en el lugar de la escena, rodeado por tres pistoleros ansiosos de matar. Y la verdad es que Len nunca había visto a tres pistoleros juntos ni siquiera en sueños. La cosa era como para llamar a gritos a un confesor.

Completamente anonadados, Pat y su hermana eran mudos testigos de la escena. Habían presenciado, en menos de medio minuto, cómo Jim estaba a punto de morir, cómo se salvaba y cómo ahora seis revólveres se volvían hacia su compañero. Katty Farrell, muda de horror, tuvo que apoyarse en el brazo de su hermano. Pero la verdad, como su hermano también estaba a punto de desmayarse,

faltó poco para que ambos cayeran al suelo.

—¡Disparad, cobardes! —aulló Len. Con esto sólo perseguía darse ánimos a sí mismo, pero además, amedrentó un poco a los pistoleros, quienes no podían concebir cómo un solo hombre se atrevía a desafiarlos de aquella manera. Más bien daba la impresión de que aquel tipo esperaba recibir ayuda de alguna parte.

Len se lanzó al suelo, y medio protegido por unas pacas de paja, hizo fuego. Uno de los pistoleros, herido, se dobló lentamente, tapando en parte la visión a su compañero. Éste fue el instante que aprovechó Len para dar dos vueltas sobre sí mismo y protegerse completamente tras las pacas.

Un verdadero huracán de plomo se abatió sobre ellas.

—¡No conseguiremos nada así! —aulló Jeremy—. ¡Es preciso acorralarle!

Los tres pistoleros, incluso el herido, se diseminaron a ambos costados de la calle. Y Len se dio cuenta de que podía abatir parcialmente a los que fueran por su izquierda, pero no a los que lo hiciesen por su derecha, quienes llegarían hasta su espalda fácilmente. Es más, dos de ellos ya se encontraban situados en el mismo porche, y desde allí, disparaban contra él, silueteándolo con sus balas. El otro cubría el campo.

Como no podía hacer otra cosa, decidió ignorarlo. Y se dedicó a disparar contra los que trataban de rodearlo por su flanco izquierdo logrando alcanzar a uno de los tres jinetes, dos estaban alcanzados, aunque al parecer, levemente.

Pero su resistencia no podía durar mucho. Jeremy, el que estaba ileso, gateó a lo largo del porche y consiguió llegar hasta a ocho pasos de Len. Lo vio vuelto de espaldas, descuidado y sin posibilidad de repeler la agresión. Sonrió siniestramente, mientras levantaba el revólver.

Apretó el gatillo y le brotó sangre del hombro.

Fue algo increíble.

No brotó sangre del hombro de Len, sino del hombre que pretendía matarle.

El disparo había partido de una de las ventanas de la casa contigua. El cristal de esa ventana se astilló completamente, y en el hueco apareció el rostro de June.

Llevaba en la mano derecha un «Colt Frontier» de calibre

pesado.

—¡Voy junto a ti, chico! —gritó.

Dio un ágil salto y se tendió junto a Len, disparando con su «Colt», apenas tomó contacto con las tablas. Otro de los pistoleros tuvo que doblarse, rozado en una pierna. June dio entonces media vuelta y volvió a disparar contra Fulton, que ya venía corriendo por el porche, con el revólver por delante.

—Esto parece el sitio de Atlanta —dijo—. Yo estuve allí, ¿sabes?

—¡Pero, June! ¿Dónde aprendiste a disparar de esa manera?

—Yo… No había disparado nunca contra un hombre, ¿sabes? Nunca… hasta hoy.

Temblaba su voz. Len le acarició los cabellos con la mano izquierda, mientras con la derecha levantaba el revólver.

El porche en que estaban correspondía a dos grandes almacenes aislados al resto de las casas que formaban la calle. Len pensó si dado lo precario de su situación, convendría refugiarse. Tenía miedo por las dos mujeres.

—Empieza a retroceder, June —ordenó—. Yo te seguiré.

—¿Crees que no podremos resistir?

—Aquí es imposible. Acabarían con nosotros, porque son más expertos en esta clase de lucha.

Ella, sobre sus rodillas, empezó a gatear hacia atrás. Len hizo otro disparo y notó que se le habían acabado las municiones del cilindro. De un salto se introdujo en el almacén y empezó a recargar su revólver.

Los tres pistoleros, aun estando dos de ellos heridos, se dieron cuenta de que Len estaba recargando su arma y aprovecharon la pausa para tomar posiciones.

Desde los nuevos lugares escogidos, acribillaban completamente la puerta tras la que se cobijaban Len y la joven. Cuando Len trató de asomarse un poco para disparar, y una bala trazó un segmento rojo en su mejilla, se dio cuenta de que ahora estaba completamente perdidos. —Siento que tengas que verte en esta situación, June— musitó—. Nunca debiste venir a una ciudad como ésta.

—Me doy por satisfecha si he podido ayudarte —dijo June—. Es extraño y un poco estúpido el modo como entablamos conocimiento, Len, pero cierto es que he llegado a sentir por ti algo que no había sentido nunca.

Len sintió cómo los labios de la muchacha se posaban cálidamente en su mejilla.

—Yo no soy… —empezó a decir, pero se detuvo al darse cuenta de que aquél no era momento para explicaciones. No se tenía por un buen partido, desde luego. ¿Pero para qué explicarlo ahora?

Todas las palabras sobraban si dentro de unos instantes iban a morir los dos.

—Me has ayudado, June —añadió en voz baja, no obstante—. Mucho más de lo que tú supones. Me has hecho aprender que la finura, la educación, la cortesía y el bien vestir, no lo son todo en la vida, como yo pensaba antes sino que un hombre debe tener ante todo sencillez y limpieza de corazón. Lástima que ya no me quede tiempo para practicar lo que tú has logrado enseñarme en unas pocas horas.

—¡Pero, Len, si tú nunca has vestido bien, ni has tenido…!

El la hizo callar, apretándole suavemente los labios contra los suyos. Y las balas entretanto, restallaron contra la puerta, aullando como canes rabiosos. Len sabía que sus enemigos se iban acercando cada vez más y que no podía evitarlo.

La muchacha le había conocido vestido como un vaquero. No sabía que antes fue un *gentleman*.

Entretanto, Jeremy pensó que sólo eran tres, y que no convenía que le hiriesen a ningún otro de sus hombres. Por eso ideó un procedimiento mejor que el de estrechar el cerco, e intentar al final un costoso asalto.

Sus ojillos se posaron en la figura de la asustada Katty.

—Métele un revólver entre las costillas a esa ninfa —ordenó secamente a Fulton—. Les diremos a esos imbéciles que estamos dispuestos a acabar con ella si no se rinden.

Katty vio cómo el pistolero avanzaba hacia ella. Supo leer en sus ojos la brutalidad que latía en cada uno de sus deseos. Y tuvo miedo, más miedo del que jamás había sentido en su vida.

Su hermano era incapaz de defenderla en aquel caso, y ella lo sabía bien.

Fulton la estrechó por la cintura. La orden de apresar a aquella mujer, era la más agradable que le habían dado en su vida.

—Ven, nena. Me gustan las chicas como tú.

Y las chicas como Katty dejaron de importarle ya apenas

pronunciadas estas palabras. Porque la bala le atravesó el brazo cuando aún no había acabado de ceñirse sobre la cintura de la muchacha.

Ella lanzó un grito de horror, y Jeremy, que lo había presenciado todo, una imprecación. El hermano caradura, al que todos creían juez Bunsen, acababa de aparecer en el porche frontero, encima de los almacenes donde estaban situados su amigo Len y June. Se había dado buena prisa en ayudar a Jim a despegarse del carro y llegar hasta allí. Y su actuación, ciertamente, estaba resultando un prodigio de eficacia.

Jeremy disparó mientras la corpulenta figura de Bunsen se aplastaba contra el techo. La bala, pese a la gran puntería de Jeremy, sólo consiguió rozarle.

Y en aquel momento sucedió algo que iba a variar completamente la escena. El *sheriff* llegó con los dos únicos agentes que estaban a su servicio.

Bunsen, desde lo alto del porche, respiró aliviado. Esto resolvía favorablemente la situación y les libraba del terrible aprieto en que se encontraba ahora. Los tres condenados jinetes venidos del Norte, no se atreverían a enfrentarse al representante de la Ley, que venía ya acompañado de dos hombres, teniendo en cuenta que otros enemigos estaban dispuestos a intervenir, desde dentro del almacén y de lo alto del porche.

—¡Vaya, hemos salido bastante bien librados! —suspiró Bunsen, levantando un poco la cabeza.

Pero si llega a moverse un poco más, se la atraviesan. Fue el mismo *sheriff* quien disparó contra él.

¡El *sheriff*, quien, junto con sus dos agentes, se ponía abiertamente en contra de la Ley!

Bunsen lanzó una imprecación que hubiese hecho enrojecer a cualquiera.

—¡Ese pedazo de avestruz nos sigue confundiendo al vernos de lejos!

Se dio cuenta de que la situación era trágica, pero no por eso había que perder la serenidad. Ante todo era preciso evitar que Katty fuese empleada como rehén.

Arriesgándolo todo, se levantó a medias, haciendo señas a Katty y a su hermano para que corrieran a refugiarse en el almacén. Una

bala le rozó la oreja, haciéndole inclinarse de nuevo, pero ya Katty le había entendido y corría en dirección al porche.

—¡Ese hombre es un salvaje! —chilló su hermano—. ¡Un salvaje!

Bunsen comprendió que no podría entrar en el almacén donde estaban refugiados sus amigos si no era haciendo un agujero en el techo, y por eso se decidió a buscar un sitio por donde éste estuviese medio podrido. No le fue difícil encontrarlo, y se decidió a golpear enérgicamente con ambos puños, para que las tablas cediesen.

—¡No dispares! —chilló desde arriba—. ¡Trataré de entrar! ¡Y ten también en cuenta de que Katty se acerca! ¡Jim está hecho polvo después de los batacazos recibidos en el carro, pero también llegará de un momento a otro!

Sí, Katty se acercaba. Olvidando en aquellos momentos toda su selecta educación de ranchera rica, rodaba entre las pacas de paja, desordenando sus rubios cabellos y mostrando su ropa interior. Y su hermano estaba en estos momentos dando vueltas sobre su panza, en las tablas del porche, buscando librarse de las balas que silbaban a su alrededor.

Era tal el miedo que sentía que no se había dado cuenta de que un proyectil le había agujereado la hombrera izquierda de su levita.

Mezclados con la paja, lograron al fin entrar. Varias balas les acompañaron en sus tragicómicas volteretas, Pat, resoplando y gimiendo, se puso en pie.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Por fin puedo respirar!

En ese momento, Bunsen acababa de comprobar desde arriba, que las tablas cedían. De modo que no quiso perder más tiempo y, jugándose otra vez la vida, se puso en pie de un fantástico salto, dejándose caer ya sobre las tablas medio desprendidas. Éstas se vinieron abajo, y él con ellas. En violento maremágnum, tablas y hombre cayeron de lleno sobre el pobre Pat, quien en aquel momento repetía que al fin era posible respirar.

—¡Salvaje! —aulló al ver a Bunsen sentado en el suelo frente a él—. ¡Fiera corrupia! Hermana, ¿cómo has aceptado la ayuda de semejantes caníbales?

—¡Pero son verdaderos hombres! —dijo inesperadamente Katty, poniéndose en pie—. Hombres, ¿me entiendes? ¡Gracias a ellos he

aprendido que la nobleza vale más que una levita bien hecha! ¡Y creo que ésa es la lección mejor que me han dado en mi vida!

En aquel momento, por el mismo hueco, cayó Jim. ¡Y Katty no perdió el tiempo!

Acercándose a él, le besó apasionadamente en los labios. El joven se quedó viendo visiones, luego se rascó la nuca y, por fin, por poco se desmaya.

—¡Pero, Katty…! —musitó Pat, abriendo la boca en forma de «O».

—¡Ni Katty ni cuentos! ¡Quiero a este hombre y me casaré con él te guste o no te guste! ¡Tiene virtudes que en las ciudades del Este no se han visto jamás! ¡Y a su manera, es de lo más educado que he visto!

—¡Pero, Katty! —repitió Pat—. ¿Te atreves a casarte con un hombre que ha volcado un techo sobre tu propio hermano?

—¡Sí, sí y sí! En el primer momento, él y sus amigos me parecieron unos patanes pero luego he aprendido a ver lo que hay detrás de su coraza. ¡Y lo que hay es el corazón más generoso del territorio de Colorado!

—El corazón más grande de Colorado es el de mi amigo Le… Le… —tartamudeó Jim.

—¡Cállate, o aquí no va a casarse nadie! ¡La ventana!

Jim obedeció la orden de Len y saltó hacia aquel hueco, el mismo por el que antes disparara June. Llegó justamente a tiempo para herir al *sheriff*, que se disponía a atacarlos desde allí.

—¡Siento no tener treinta culatas para romperte treinta veces la frente, animal!

De un culatazo lo dejó sin sentido.

Se resguardó bien en la ventana y siguió disparando. El lugarteniente del *sheriff*, que se acercaba por un flanco, también cayó alcanzado, aunque en la pantorrilla, porque Jim no tiró a matar.

—¡Sólo quedan tres enemigos! —gritó Jim—. ¡Y vamos a dejarlos fuera de combate en tres minutos!

Pero el otro agente del *sheriff* que quedaba ileso, había decidido no arriesgarse tanto. Se había encaramado al porche, y empleando el mismo sistema que Bunsen, se iba arrastrando poco a poco hacia el agujero del techo que había hecho el falso juez. Llegó a él cuando

nadie se daba cuenta excepto Pat Farrell, que estaba medio tumbado en el suelo y mirando hacia arriba.

—¡Mal educado! ¡Insolente! —chilló el mequetrefe.

El agente apuntó hacia él, y ésa fue su perdición. Porque Pat no estaba armado y en cambio, Len, sí. Al joven le bastó dar una agilísima media vuelta sobre el mismo suelo y disparar. La bala se clavó en una cadera de su enemigo, que cayó pesadamente. Y como Pat no se había movido del sitio, otra vez su panza recibió el batacazo de un hombre que caía desde el techo. Empezó a gemir, a maldecir a Colorado y a prometer que si alguno de los empleados que él tenía en San Francisco, era de allí, lo despediría inmediatamente.

—¡Tierra de bribones! ¡País de sinvergüenzas! ¡Paraíso de los pistoleros! ¡Uf!

—Ahora son tres justos —proclamó Jim.

Y dicho esto salió, sin preocuparle el peligro. Cazó a uno de los tres cuando avanzaba gateando por el centro de la calle. Y lo dejó quieto de un balazo en la cabeza. Era Fulton.

York se había acercado demasiado a la puerta. Vio a Len, y Len le vio a él. Dispararon los dos a la vez, y mientras el joven sentía que la bala le arrancaba cabellos de su cabeza, el otro recibía el sordo impacto en el hombro, que lo hacía caer hacia atrás.

Prácticamente, el problema que para la ciudad representaron los tres jinetes del Norte, había terminado. Por primera vez en su vida, Jeremy sintió lo que era la desesperación, y le pareció que aquella tierra a la que él pensaba sacar todo su jugo, estaba dispuesta a tragarle.

Fue en ese momento cuando se oyó la voz de Jim.

—¡Vamos a daros una oportunidad, cobardes! ¡La oportunidad de morir en lucha abierta!

York, herido dos veces, estaba situado cerca de Jeremy. Vio cómo brillaban los ojos de éste.

—¿Qué quieres decir, perro?

—¡Vamos a salir para acabar de una vez! ¡Y yo os desafío a los dos en duelo!

—Un momento —advirtió Len—. Yo también entro en el juego, compadre. Bunsen no puede, porque está herido en la cadera.

—Tú te callas.

—O te ayudo o pido a Bunsen, al que todos creen juez, que mande encarcelarte. Y no podrás salir de entre rejas hasta que el gobernador del territorio haya informado convenientemente.

—Ya vuelves a emplear tus palabritas. ¡Diantre! ¡Pues si lo deseas, seremos los dos!

—¡Aceptamos! —gritó Jeremy—. ¡Puedes salir!

—¡Colocaos en el centro de la calle!

—¡Sal tú primero!

—Trampa —sonrió Jim—. Trampa, hermanos. Pero yo haré que caigan en ella. Tú, Len, sal por la puerta.

Len lo hizo. Jim saltó ágilmente por la ventana sintiendo que una bala le acariciaba otra vez la oreja herida. Ni siquiera sintió dolor tanto fue su indignación por la cobardía de que habían dado muestras sus dos enemigos. No por esperar aquello resultaba más disculpable.

Y juró que aquella misma noche acabaría con los dos.

Pero Len, desde la puerta, tenía localizados a ambos traidores, arrodillados muy cerca del porche. Pudo haberlos matado; no obstante, disparó a sus rodillas y los hizo retroceder, de varios cómicos saltos, hacia el centro de la calle. Ninguno de los dos se atrevió a emplear el revólver al ver que Len les tenía encañonados.

—¡Vamos allá ratas! —aulló Len—. ¡Enfundad vuestros revólveres!

Pálidos de ira, los dos hombres obedecieron. No tenían otro remedio. Y lo hicieron además, por cobardía, porque sabían que los dos amigos no iban a disparar contra ellos mientras no tuviesen las armas en la mano.

—Parece que ahora no tendrías tantas agallas, Jeremy —dijo burlonamente Len—. Estas hecho una birria.

El pistolero se mordió los labios con tanta fuerza que se hizo sangre en ellos.

—Vamos a guardar nuestros revólveres —notificó Len—. Y nos colocaremos también en el centro de la calle. La vida será de los dos más rápidos. Hoy, amigos, habrá en esta ciudad un instructivo espectáculo.

Él fue el primero en enfundar el revólver, y Jim le imitó. Nunca había defendido su vida como un pistolero más, y la sensación que todo esto le producía era enervante y extraña. Pero era al mismo

tiempo una sensación hermosa. Se sentía más hombre, más completo y más entero que nunca. Un hombre que sabía mantener con el revólver su palabra.

Katty y June contemplaban como hipnotizadas la escena. Por primera vez se encontraban como dos mujeres iguales, viviendo los mismos peligros y sintiendo en su corazón el mismo amor y las mismas emociones. Por primera vez, algo entrañable, y que deshacía todas sus diferencias, nació entre las dos. Ya no eran una ranchera rica y una fugitiva, sino dos mujeres que amaban con toda la intensidad de su corazón.

Los cuatro se habían situado ya en el centro de la calle. Len estaba frente a Jeremy, y Jim frente a York. A ambos lados, en los porches, rostros ansiosos contemplaban la increíble escena.

—¡«Saca», Jeremy! —rugió Len.

—¡«Saca», York! —rugió Jim.

Y cuatro revólveres salieron a la luz. Fueron como cuatro relámpagos seguidos de cuatro fogonazos. Los disparos hicieron estremecer la calle y aullaron en el aire. Con los dientes apretados, rígidos los músculos de sus brazos y sus cuellos, los cuatro hombres vomitaron muerte por los cañones de sus revólveres. Pero la muerte no siempre llega al fin de su viaje.

Y Jeremy que esperaba ser el verdadero rey de la ciudad, cayó. Y York, su pistolero inseparable, cayó también.

Y Bunsen, el falso juez de la ciudad, que lo contemplaba todo cayó tras ellos, pero fue del susto.

—¡Diablos! —exclamó—. ¡Y yo que me quejaba de mis preocupaciones! ¡Si resulta que vivía mucho mejor que mi hermano!

# EPÍLOGO

El *sheriff* de Denver quedó boquiabierto cuando supo que los hombres contra quienes había disparado no eran los tres jinetes del Norte, y que además, aquél a quien él consideraba como el juez Bunsen, había devuelto cuatro mil dólares al director del Banco.

—¡O sea, que lo que yo ahora tendría que hacer sería detenerle! —bramó.

—No detenga a nadie, *sheriff* —pidió Jim.

—¿Por qué no?

—Porque Bunsen va a ser padrino de una doble boda.

—¡No me diga!

—Sí. Hemos descubierto que somos unos sentimentales. Yo me caso con Katty Farrell, y mi amigo Len se casa con June.

—¡Ah! ¿Y cree que las cosas van a quedar así? ¿Qué va a pasar con mis hombres, los que están heridos?

—Usted tuvo la culpa, *sheriff*, por meterse en líos sin preguntar antes. Pero en todo caso, no se preocupe demasiado. Los invitamos también a la boda; sus hombres tendrán un sitio de honor junto a la ventana por si quieren saltar por ella cuando usted entre.

—¿Y por qué habían de saltar?

—¡Porque cualquiera se fía de usted, *sheriff*!

El de la estrella lanzó un gruñido, pero no pudo hacer gran cosa más. Sabía que había metido ya la pata demasiadas veces.

—¿Cuándo es la boda? —se atrevió a preguntar, tras una pausa.

—Sólo dentro de un par de días. Pero antes hemos de regalar estas ropas a alguien que las quiera. Precisamente hemos conocido a unos forasteros, acabados de llegar a la ciudad a los que les vendrán estupendamente. Son tres tipos que se dedican a comprar y vender ganado y siempre van juntos. Dos rubios y un moreno.

El *sheriff* gritó:
—¡Noooo…!
Y cayó sin sentido a tierra.

FIN